



LAS APARICIONES EN EL PALMAR DE TROYA

Francisco Sánchez-Ventura y Pascual



www.todocoleccion.net

Las apariciones en el Palmar de Troya

Hace un año, aproximadamente, publiqué en el suplemento de los domingos de «A B C» un artículo sobre el misterio de Garabandal, que dio lugar a una fuerte reacción en contra por parte de los detractores de estas apariciones. Desde entonces me propuse no volver a tocar el tema, a pesar de la importancia que el mismo reviste, en ninguna clase de periódico que, dada su difusión, va dirigido a personas de muy distinta ideología y criterio. Por otra parte, consideré que tenían razón quienes afirmaban que lo prudente en estos momentos era adoptar una postura de respetuosa espera —o como suele decir un digno sacerdote que ha realizado un estudio muy meticuloso sobre estos hechos, de «espera orante»— hasta que la Iglesia dé a los mismos su «visto bueno» y resuelva conforme debe resolver

En esta actitud me encontraba, obediente y sumiso, cuando a pesar de los santos consejos paternales, que me recomendaban y exigían el silencio,

un periódico de Andalucía, que dirige por cierto un sacerdote, lanzó a los aires, bajo el control y la dirección de un canónigo, un reportaje en forma de serial, donde se da cuenta en términos sensacionalistas de lo ocurrido en el Palmar de Troya, pero enfocado desde un punto de vista que es el único que a mi entender no puede adoptarse frente a un fenómeno de tipo religioso, sea éste de la naturaleza que sea: me refiero a ese enfoque festivo de burla, de buen humor, de intención retorcida, falseando para ello la verdad y tomando de toda la historia no solamente los aspectos negativos, que siempre se dan en las manifestaciones celestiales —como se dieron en Lourdes y en Fátima—, sino aquellos detalles que pudieran prestarse más fácilmente al ridículo y al comentario jocoso, presentando de esta forma a los que de buenísima fe y contra su voluntad se encuentran envueltos como protagonistas o testigos de excepción, en estos fenómenos, a la manera de simples histéricos o pobres dementes que han convertido el Palmar de Troya en una sucursal de manicomio.

Esta inadmisibile conducta, que tan poco dice en favor de sus autores, me obliga a coger, una vez más, la pluma para hablar en general de las apariciones de la Virgen en España, país eminentemente mariano y *especialmente elegido por la Señora para sus manifestaciones al mundo en estos momentos cruciales para la historia de la Humanidad*. Porque si la Iglesia recomienda silencio

frente a asuntos de esta naturaleza, este silencio debe exigirse con carácter general: y si un sacerdote y un canónigo se ponen de acuerdo, para romperlo, a fin de atacar y ridiculizar hechos que pueden ser sagrados, con mayor libertad y derecho puede y debe un simple seglar salir a la palestra en defensa de lo que disponiendo de un mínimo de prudencia y buena fe, ha de ser siempre objeto de atención y respeto, sobre todo en este caso en que el seglar en cuestión tiene cierta experiencia sobre la materia y pruebas sobradamente elocuentes que avalan la realidad de lo que defiende.

Pero ante las primeras líneas de arranque de este artículo, el lector se preguntará seguramente: ¿Qué tiene que ver el Palmar de Troya con Garabandal...? Y aún corriendo el riesgo de que se rasguen algunas vestiduras, no tengo más remedio que decir: El Palmar de Troya es la continuación de Garabandal. Para comprender esta respuesta tenemos que percatarnos de que la Virgen exigía entonces obediencia a sus videntes y sometimiento pleno a las decisiones de los superiores. Es lógico, pues, que predicara con el ejemplo. Por eso, cuando la suprema autoridad de la Diócesis dijo que todo se había reducido a un simple juego de niñas, prohibiendo a los sacerdotes el subir a la citada aldea, y recomendando al pueblo que hiciera lo propio; cuando se proscribió el culto en la nueva capilla dedicada a San Miguel, sancionando en ella hasta el rezo de la más elemental Ave María; cuando se declaró que en Garabandal

no se había dado ninguna manifestación celestial, la Señora, eludiendo toda posible discusión, no tenía más remedio que desplazarse del norte al sur, suspendiendo sus manifestaciones en una Diócesis donde así se le despedía, para manifestarse en otra, a fin de repetir, una vez más, sus delicadas y humildes llamadas, esta vez desde las puertas del Arzobispado de Sevilla.

Pero hay un hecho significativo que quiero destacar: Su desplazamiento fue dentro de la misma nación, sin abandonar a este pueblo, al que la Providencia ha encomendado en estos momentos el cumplimiento de una misión universal.

En íntima relación con cuanto acabo de decir, quiero recordar la carta que con gran sorpresa, por lo inesperada, dirigió Lucía de Fátima, precisamente al Arzobispo de Sevilla, el día 20 de abril de 1943. Textualmente decía así: «El Señor está contento por lo hecho hasta ahora por el Santo Padre y varios Obispos, pero incompleto según sus deseos. En recompensa promete que la guerra terminará en breve y que Rusia se convertirá si se cumple esta condición: *que los señores Obispos de España atendieran los deseos de Nuestro Señor* y emprendieran una verdadera reforma en el clero y en el pueblo. Si esto no se hiciera, Rusia volverá a ser el enemigo con el que Dios nos castigará una vez más».

De esta carta, en aquella fecha sin sentido, se desprende que la salvación del mundo, en un momento determinado de la Historia, dependería úni-

ca y exclusivamente del comportamiento y la conducta de los Obispos españoles, quienes, percatados de lo que el cielo pedía para aquellos momentos, deberían llevar adelante una auténtica reforma en el clero y en el pueblo. Pues bien, al cumplirse los veinticinco años de esta carta, la Señora inicia sus estrepitosas manifestaciones en la Archidiócesis de Sevilla, a 42 kilómetros de la capital y 14 de Utrera, en una finca llamada «La Alcaparrosa» y sita en el Palmar de Troya.

Todo esto entraña una casualidad más de las muchas que se dan en esta historia. Como no deja de ser una casualidad, lo poco que duran, al frente de sus Diócesis, las máximas autoridades eclesiásticas del Obispado de Santander. Como simple inciso, recordaré que desde la fecha en que se levantó la mano contra las apariciones de Garabandal, han pasado por aquella Diócesis, entre Obispos titulares, auxiliares y Administradores Apostólicos, seis personas en ocho años, es decir, a un promedio de año y tres meses y medio de mandato, caso insólito en la historia de la Iglesia, donde, por lo general, el Obispo ocupa su silla apostólica y en ella permanece, al frente de su rebaño, hasta su muerte.

Reconocemos, sin embargo, que el hecho de que el titular que condenó Garabandal muriese a los pocos días en accidente de coche, resultando ileso su compañero y coincidiendo la fecha de la trágica desgracia con el día en que la Iglesia conmemora la aparición del Arcángel San Miguel,

que es precisamente el que se aparece en Garabandal, no deja de ser una circunstancia casual, que seguramente no encierra ningún significado providencialista; la misma interpretación debe darse al hecho de que el Vicario que prohibió todo culto y todo rezo ante la capilla dedicada al citado Arcángel, muriera de repente el día 1 de mayo, mes especialmente dedicado a la Virgen, del año 1969. Son coincidencias y casualidades, que, al darse en cadena, a muchos impresionan, pero que no es siempre aconsejable interpretar en un sentido determinado.

EL PALMAR Y ESPAÑA

El pasado 15 de noviembre una vidente leyó en el cielo de Palmar: «Clero de Sevilla, clave de España». Y después, otras frases que decían: «Adora, España. No tardes, España. Preces en España». Para asegurarse de que aquello no era una alucinación pidió una prueba. Y en el acto surgió un arco iris completo alrededor del sol y éste inició su danza, reproduciéndose ante unas doscientas personas el célebre milagro de Fátima, ese milagro que vio Pío XII desde los jardines del Vaticano y que se ha dado repetidas veces en el Bocco y en La Codosera y en San Damiano y en otros muchos escenarios celestiales, como si se tratara de una rúbrica divina para avalar la realidad de las apariciones. Aquel día se extendió, ade-

más, por el Lentisco, un perfume inefable. En el Palmar de Troya el fenómeno del sol se ha repetido tantas veces, que se ha hecho del mismo algo familiar. Yo tuve ocasión de presenciarlo también, viendo al sol girar a gran velocidad, cambiando de colores y con todo el impresionante aparato que acompaña al fenómeno, el pasado 16 de septiembre del año 1969, sobre las dos horas de la tarde.

LOS FENOMENOS DEL PALMAR DE TROYA

Cuando me decidí a ir a el Palmar por primera vez, pasé antes por casa de don José Murillo, abogado, residente en Sevilla, casado con una de las principales videntes, doña Luisa Vila. Las primeras palabras del señor Murillo fueron éstas: «Acabo de leer su libro sobre Garabandal, que me ha causado tanto asombro como sorpresa. Vea lo que acabo de escribir en la portadilla interior del mismo». El párrafo decía, aproximadamente, así: «Juro ante Dios solemnemente que no he tenido conocimiento de este libro hasta el día 14 de septiembre, que inicié su lectura y el 15 que lo terminé. Mi mujer no lo ha leído ni lo leerá nunca». A continuación me explicó que había redactado dos gruesos manuscritos con todo lo que ha tenido ocasión de vivir en el Palmar de Troya, y de las experiencias y mensajes que le había transmitido su esposa, y no quería que pensase nadie en

una posible influencia por ninguna lectura anterior.

El señor Murillo se sorprendía de la similitud de fenómenos, circunstancias y demás coincidencias que se daban entre los hechos del Palmar y Garabandal. Cuando su esposa le dijo por primera vez que veía a la Virgen, su primera idea fue pensar si no estaría mal de la cabeza; y en vez de comprar ningún libro sobre mística o apariciones, se dedicó a leer obras de medicina donde se afrontaba el tema de las alucinaciones y demás fenómenos de esta naturaleza. Toda su información sobre apariciones marianas se reducía a saber que a la Virgen la había visto una niña en Lourdes y unos niños en Fátima. De aquí su sorpresa al encontrarse con los mensajes y las características de los fenómenos de Garabandal, donde se describen visiones similares, se habla de las modalidades de los éxtasis, de cómo las niñas daban a besar objetos y la Señora les prometía hacer milagros con ellos; comprobó que allí también les dejaba a sus videntes el Niño en sus brazos y recibían la comunión mística; se sorprendió al observar la semejanza del fondo teológico de los mensajes y cómo se hablaba en ambos escenarios celestiales de un *aviso* y después de un *milagro* y, al final, de un posible *castigo*, etc. Constató la realidad de los perfumes, de las caídas y hasta en algunos videntes de «las llamadas», con que los interesados son advertidos misteriosamente de que deben acudir al Lentisco, donde tendrán visión.

Los fieles han marcado en el suelo un cuadro señalando los límites del lugar donde se producen los inexplicables fenómenos, circunstancia que también se dio en la historia de Garabandal. Y en ambos escenarios se pidió una capilla, etc.

En aquella jornada memorable yo iba acompañado de otra persona que vivió una experiencia impresionante: Deseando intensamente tener algún objeto besado por la Virgen notó que el rosario que llevaba enrollado en su muñeca para poder manejar más fácilmente la máquina fotográfica, le desaparecía de repente, suavemente, arrastrado como un guante, para aparecer en la mano de la vidente, doña Luisa Vila, clavada de rodillas a cincuenta metros de distancia, donde fue besado por la Visión. Esta circunstancia, unida al fenómeno de los perfumes que tuvimos ocasión de experimentar —fluidos misteriosos que aparecen y desaparecen de forma intermitente— y al milagro del sol que contemplamos y fotografiamos, aparte de otras cosas que no sería discreto revelar, nos hizo regresar de nuestro primer viaje al Palmar de Troya profundamente impresionados.

Otro de los fenómenos que se da en el Palmar es la aparición de columnas de humo, sin duda las columnas a que se refiere la profecía de Joel (2-28) cuando dice: «Después derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas y vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones, y sobre mis siervos y mis siervas derramaré mi espíritu en

aquellos días y haré *prodigios en el cielo y en la tierra sangre y fuego y columnas de humo*». Dichas columnas, sólo visibles para los videntes y contadas personas, han salido, sin embargo, milagrosamente reproducidas en algunas fotografías que obran en nuestro poder.

LOS MENSAJES

El mensaje que se dictó en aquella noche del 15 de septiembre de 1969 y que ayudé a copiar iluminando al señor Murillo con una linterna, decía así textualmente: «Sufro mucho porque nadie cree en los mensajes que te he dado. Cuando crean será tarde. Dios castigará al mundo porque no creen en El. *Lo que esperáis vendrá pronto*».

Esta última frase se refiere al aviso, por el que estábamos pidiendo especialmente en aquel momento, aviso que fue anunciado en Garabandal y también en el Palmar y que ahora sabemos en qué va a consistir. Varios videntes lo han visto en alguno de sus éxtasis. Se refiere a una gran cruz en el cielo que iluminará una noche como si fuera de día, produciendo en los que no la esperan una verdadera psicosis de espanto. Esta descripción coincide con la profecía de Sor Faustina, que se reproduce en la nota de la página 294 de mi obra titulada «Estigmatizados y Apariciones», y que fue publicada por primera vez en el año 1961.

Parece ser que habrá un aviso antes del milagro y otro antes del castigo. El primero estará representado por la colisión de un astro o cometa contra la tierra; el segundo será la cruz luminosa a que hemos aludido. Ambos vienen anunciados en la Biblia. En el Apocalipsis (9-1) se dice: «Vi una estrella que caía del cielo sobre la tierra...» Y en San Mateo (24-30) se afirma: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre y se lamentarán todas las tribus de la tierra».

A los ocho días justos del primer aviso que verá toda la Humanidad, se dará el milagro anunciado insistentemente en varias manifestaciones marianas. La fecha del aviso, aseguran las últimas revelaciones del Palmar, es inminente.

Haremos un resumen a continuación de las principales afirmaciones que contienen algunos de los mensajes dados en el Palmar de Troya. El cielo se queja de que la Iglesia cada vez está peor (30 de junio); llama la atención a los Pastores, por cuya culpa las ovejas se descarrian y dice que solamente con la oración podrán salvarse, insistiendo en que el Señor está muy afligido (6 de julio); afirma que Cristo es Juez justísimo, pero, a la vez misericordioso, prometiendo escuchar a todo el que acuda a El con alma sencilla, como de niño (9 de julio); la Virgen dice que viene como Mensajera de Dios y a la vez como Madre nuestra, se queja de que el enemigo arrebatara cada día más almas al cielo y que muchos ministros de la Iglesia van por caminos tortuosos (recuérdese el men-

saje de Garabandal, de fecha 18 de junio de 1965). Pide caridad, recomienda que nos amemos los unos a los otros y que nos abracemos a la cruz con alegría si queremos entrar en el Reino de Dios (este mensaje, de fecha 11 de julio, se dio por separado y con las mismas palabras a dos videntes distintas); insiste en que cada día los hombres son peores y no tienen fe. Solamente con la oración podrán conseguir el perdón. Vuelve a repetir que es nuestra Madre y nos quiere a todos por igual (15 de julio). Después, la vidente tuvo una visión apocalíptica en la que sintió un fuerte terremoto y vio caer fuego del cielo y subir de la tierra, quemando cuanto se encontraba a su paso, mientras oyó una voz impersonal que decía: «Así acabarán los que no tienen fe».

El 5 de agosto, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, afirma la Visión: «Vengo triste porque he bajado a muchos sitios de la tierra y no me escuchan». La vidente pide una prueba para que todos crean y la Virgen responde: «La daré cuando los hombres se acerquen a Dios con fe».

El 15 de agosto, con permiso del Cardenal de Sevilla, se celebra una misa en el altar improvisado junto a la tapia que circunda la finca de la Alcaparrosa. Durante la misa varios videntes tuvieron visión. La Señora dijo, entre otras cosas: «Estoy muy contenta de que estéis aquí. Que vengan los hombres con fe y yo no los olvidaré», y bendijo a todos los presentes. Ese mismo día, a las 12'35, se aparece en actitud orante, vestida de

blanco y dice: «Soy vuestra Madre, pedídmelo todo y Yo os lo concederé. Nunca es tarde para venir a Mí. Os pido oración y penitencia. El aviso está cerca».

El día 1 de octubre la vidente ve una cruz luminosa impresionante por su tamaño que cubría todo el cielo. La Virgen dice: «El Señor avisará con esta cruz en el cielo para que los hombres crean en El antes de que llegue el final». El 15 del mismo mes pide: «Venid, venid y tened fe, aunque no me veáis, porque lo principal es la fe. Estoy muy contenta de todos vosotros». El 15 del mes siguiente prometió a Luisa Vila: «Si seguís con fe, rezando aquí, haré pronto el milagro». Este día también tuve ocasión de estar presente, iluminando con la linterna la cuartilla donde se copiaban las palabras que en trance, inconscientemente, repetía la vidente. Esa misma noche, otra vidente, María Marín, que tiene unos éxtasis impresionantes, repetía a los pocos segundos un mensaje expresado en los siguientes términos: «Soy vuestra Madre, venid a rezar. Haced penitencia y tened mucho amor. *Mi Hijo vendrá a la Tierra para dar paz a los hombres.* El aviso, precursor del gran milagro, está cerca. *Con él os avisaré ocho días antes.* Se dará la señal en el cielo, que veréis todos desde donde estéis.»

Mensaje similar, con otras palabras, se le repite también a Rosario Arenillas, mujer ésta de gran ignorancia, que cuando vio por primera vez a la Virgen no sabía rezar y que desde ese día dice co-

sas impresionantes que revelan verdadera inspiración.

Cuanto afirman estos videntes, en el Palmar son muchos —se calcula que ya han visto a la Virgen unas cincuenta personas de muy diferente condición y categoría social—, coincide plenamente con cuanto se afirma para esta época en los libros sagrados. ¡Extraña penetración y rara sincronía entre tanta gente de nula preparación bíblica!

La noche del 16 de noviembre, Rosario Arenillas ve en el Lentisco al Padre Pío con una bola de fuego en la mano. Rosario pide una prueba para los que estén allí, y un gran número de los presentes ve caer desde el cielo hasta el suelo una gran bola de fuego. Aquella noche una voz le dice al marido de Rosario: «No tengáis miedo. En vano los invidentes dudarán de ti, porque no hay fuerza mayor que la verdad y el tiempo».

El día 1 de noviembre, a Arsenia Llano, después de un diálogo con la Virgen, le dice: «¡Gracias, Señora!» Y Esta replica: «Señora, no. Soy Madre de Amor». Y el día 3 afirma: «No temáis. El enemigo está con vosotros, pero el amor que Dios tiene a los hombres les salvará». Ya el 22 de agosto había anunciado: «Sufro porque el enemigo está entre vosotros y os confundirá. Llevad cuidado con él, que se disfraza y os engaña».

Queremos hacer observar que con gran frecuencia se insiste en los mensajes del Palmar y fuera del Palmar, en la maternidad de María, en el hecho de que María es Madre de Dios y de los hom-

bres. En cada época de la historia el cielo ha querido que una jaculatoria determinada disponga de especial fuerza frente a las dificultades espirituales y materiales de la vida. En estos momentos la invocación que alude a María como Madre, podemos asegurar que es la llave maestra que abre sorprendentemente todas las cerraduras. Pero esto no es para contarlo, sino para experimentarlo. Invitamos al lector a que haga la prueba con fe.

LOS ULTIMOS MENSAJES

A Luisa Vila se le comunicó la fecha de su muerte, fecha que encerró en un sobre lacrado y entregó a un notario, ante testigos, para su comprobación el día de mañana.

De gran intensidad fueron las manifestaciones en el Lentisco a partir del último 10 de diciembre. No me refiero a ellas porque parece probable la realidad de *interferencias diabólicas* en algunas de ellas, fenómeno que, como he dicho, se dio también en Lourdes y Fátima y que va entrañablemente unido a toda intervención de auténtico origen sobrenatural y especialmente en esta época en que, como anunciaba Catalina Enmerich, «el enemigo se soltará para actuar libremente». Y como afirmaba el santo cura de Ars, «los amigos de Dios son quienes mejor conocen al diablo».

Hacemos notar que en el Palmar de Troya han

existido llamadas directas a autoridades y seglares de más o menos categoría, quizás porque ha sonado en el reloj de la historia la hora del seglar. A Luisa Vila, ante un comentario relacionado con una Organización de seglares, le dijo: «No te quejes, que esos son quienes salvarán a mi Iglesia».

ES DIFÍCIL CREER

Ante tanta manifestación, tantos fenómenos y tantos mensajes, comprendo el escepticismo de muchos y hasta la indiferencia o el temor de los representantes del clero. Pero quizás la solución esté en quienes tienen por su función responsabilidades contraídas, en pedir al cielo una prueba antes de actuar. Lo que Dios no perdona es la inhibición o la omisión dolosa. Yo he sido testigo de cómo un sacerdote pidió una confirmación sobre la verdad del Palmar y la autenticidad del encargo que había recibido de uno de los videntes, encargo que le comprometía bastante. Este sacerdote pidió, nada más y nada menos, que si aquello era cierto, una imagen de su devoción sangrara a la vista de todos, y aunque estoy seguro de que el lector me tomará por loco, me creo en el deber de hacer constar por mi honor y bajo mi juramento, que el grupo de personas que estábamos presentes en aquella casa nos llevamos los pañuelos empapados en sangre, sangre que pasados los treinta días aún exhalaba un perfume tan incon-

fundible como impresionante. A varios amigos les hice comprobar la realidad de las manchas sangrantes y el prodigio del aroma para asegurarme de que en todo aquel misterio no había nada de sugestión colectiva.

Dos pruebas más, tan impresionantes como ésta, he vivido y puedo testificar ante quien haga falta. Y es que las cosas del cielo no se entienden, se resisten a nuestra razón y parecen disparatadas y absurdas, pero constituyen una realidad incomprensible. El convencimiento a que he llegado, después de mucho tiempo de dudas y recelos, me obliga a aconsejar al lector el adoptar frente a estos misterios una actitud de respetuosa espera, porque las cosas de Dios son muy serias y el jugar con ellas resulta un juego peligroso.

Por eso me ha hecho tan mala impresión las declaraciones en el reportaje del «Correo de Andalucía», de la señora doña Regla Contreras, si bien sospecho que el periodista, con sus preguntas capciosas, le ha hecho decir cosas que estaban más en la mente del autor de la pregunta que en el corazón de la que espontáneamente respondía. Si no fuera así la brillante sonrisa de la desacertada y audaz interpelada, podría quebrarse fácilmente en un gesto de dolor, como la historia demuestra que ha ocurrido tantas veces entre quienes reciben los misterios del cielo con el gesto autosuficiente y risueño del que pretende mofarse de Dios.

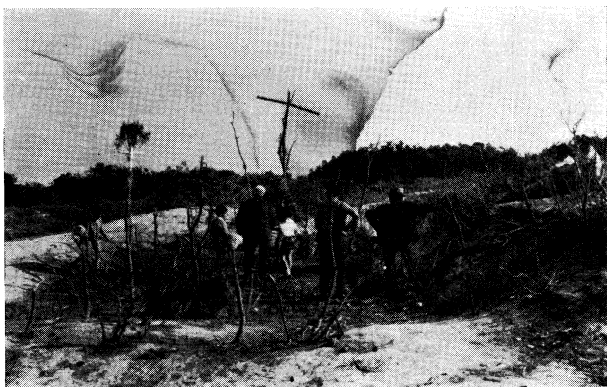
¿Qué es, pues, lo que se avecina? ¿Estamos en

el fin de los tiempos, en aquellos tiempos a los que se refería San Vicente Ferrer en el sermón que predicó en Barcelona el día 13 de septiembre de 1403, cuando hablaba «de un estruendo grande, que no se espera otro mayor, sino el que se experimentará en el Juicio; veréis entonces una *señal* y no la conoceréis, pero advertir que en aquel tiempo las mujeres vestirán como los hombres y se portarán según sus gustos licenciosamente, y los hombres vestirán vilmente como las mujeres...», etc. A título de anécdota curiosa transcribo este párrafo del citado sermón tal como lo recoge Antonio Bosch en un libro impreso en el año 1879, bajo el título de «Profecías». En el año 1900 se reprodujo en la revista de Valencia, titulada «Luz católica». La cita la he tomado del libro del Arcipreste de Ribadeo Enrique López Gauda, publicado en el año 1944, bajo el título de «Futura grandeza de España según notables profecías», tercera edición, La Coruña, págs. 181-182.

¿Qué le espera para fecha próxima a la Humanidad? ¿Tendría razón Pío XII cuando en la mañana del día de la resurrección del año 1957 nos dijo que existen muchas señales de que la segunda venida de Cristo no está lejos, e iría precedida de la Virgen como prometió en Fátima, cuando aseguró que su presencia personal constituiría el último intento de salvación para el mundo?

¿Consistirá el milagro que se anuncia en Garabandal y en el Palmar de Troya, en el conocimiento y Visión de la Virgen para todos los que se

Extasis de María Marín en el
Lentisco. (15 - 1 . 70).



Fotografía que reproduce una de las columnas de humo que a veces
aparecen en el campo de visión de los videntes.



Otra columna de humo.



Mientras pedía al cielo el milagro de la curación de su hijo gravemente enfermo de Leucemia, contempla el prodigio del sol. (15 de XI 1969).

concentren en dichos lugares? Quizás, como se dijo en Amsterdam, «Ella ha de ser la Precursora de Cristo en su vuelta como Señor de todas las Naciones».

LAS APARICIONES DE ESPAÑA

España no ha sido peor tratada por el cielo que Francia, Bélgica o Portugal. En España han existido también varios de esos chispazos de apariciones marianas, que constituyen, queramos o no admitirlo, un fenómeno universal. Porque como dijo la Señora en Garabandal, «también los pecadores son hijos míos», y pecadores hay en todas partes. Lo que ocurre es que el pueblo español es más respetuoso, quizás, que otros pueblos, con las disposiciones de la Jerarquía, y la Jerarquía más cuidadosa en su deseo de pecar de prudente, por lo que acostumbra a adoptar una postura de rigurosa exigencia acaso incompatible con ese mínimo de colaboración humana que el cielo pide siempre para manifestarse. Por otra parte, donde está Dios se encuentra también el Príncipe de las Tinieblas, que aunque sea «un perro atado» tiene más poder del que parece. La propia justicia de Dios ha hecho que no haya querido privarle de los atributos que le dio al concederle su naturaleza angélica. De aquí la realidad de ciertas interferencias y confusiones que Dios permite, además, para probar al hombre y hacer posible el mérito

de la fe. Por eso cualquier actitud exigente que espera del cielo una manifestación rotunda y clara y sin confusión posible, es incompatible con la forma de manifestarse lo sobrenatural, sobre todo si no se salva antes ese período de prueba, de *colaboración humana*, de confianza, de oración y de fe. Como ya he dicho en alguna ocasión, «Dios no se deja procesar ni sentar en el banquillo», por lo que resulta inadecuada la conducta de aquel Obispo que en el año 1932 dijo públicamente: «Si la Virgen se aparece en mi Diócesis, que se me aparezca a mí que para eso soy el Obispo», frase similar a aquella otra del Calvario: «Si eres el Hijo de Dios baja de la Cruz». Pero ni Cristo bajó de la cruz ante aquel requerimiento de ofensiva desconfianza, ni la Señora se manifestó con claridad ante quien se presenta cargado de recelos y exigencias. Porque como se dice en el Evangelio, me ocultaré a los sabios y prudentes para manifestarme a los sencillos y pequeños. Para entrar en el Reino de los cielos hay que olvidar muchas cosas a fin de hacernos como niños. «Os he elegido a vosotros —dice en el Palmar— por humildes, sencillos y pecadores».

En España resultaron un escándalo las apariciones de Ezquioga, aquellas apariciones que vinieron a intentar evitar la guerra civil española, en aquellos momentos en que Azaña acababa de formular su declaración pública sobre que «España había dejado de ser católica». El Padre Amado Burguera publicó un libro de 797 páginas, que por

respeto a la Jerarquía, no se distribuyó, presentando en Roma un solo ejemplar, y del que he conseguido quizás el único que se salvó después de la guerra ya que el depósito se encontraba en zona roja. Este libro fue editado en Valladolid, en el año 1934, en la Imprenta Casa Martín, con domicilio entonces en la Plaza de la Libertad, 1-2-3. Pues bien: las apariciones de Ezquioza serán falsas, pero es impresionante comprobar a través de este libro cómo se han cumplido al pie de la letra todas, o si no todas, las más importantes predicciones que en el mismo se anuncian y, entre ellas, la muerte en accidente de automóvil del entonces Vicario de la Diócesis, después Obispo de Oviedo, don Justo Echeguren, relatado en dos éxtasis similares, uno de ellos expresado en castellano y otro en vasco. El encargado de anunciar el trágico presagio al interesado vive todavía, don Pedro Balda, con residencia en Irañeta. La predicción figura en el citado libro editado en el año 1934 y el Prelado murió trágicamente en el año siguiente. También en esta obra se anuncia que perdería el rebaño y quedaría ciego el Obispo Múgica si condenaba las apariciones. Y retirado de todo y ciego vivió hasta su muerte, acaecida recientemente en Zarauz. ¿Que todo esto son casualidades...? Quizá sí, pero tanta casualidad no deja de resultar impresionante.

Después de Ezquioga se manifestó la Virgen en Chandavila, término de La Codosera (Badajoz), el 27 de mayo de 1945. Allí también se dio repetidas

veces el milagro del sol. Según frase textual de la madre de una de las videntes, «Yo he visto muchos días girar al sol como un disco rojo, rápido, rápido, a la manera de las ruedas de fuegos artificiales, y como yo lo han visto casi todos los del pueblo». Con estos hechos se instruyó un extenso expediente ante el Párroco y el Notario de la localidad. La autoridad eclesiástica aprobó la construcción de la capilla o santuario que había pedido la Virgen y prometió llegar pronto a una solución definitiva. Han transcurrido veinticuatro años y el expediente sigue en estudio. Reconocemos que es fruto de una prudencia muy loable, pero quizás exagerada. Estos hechos, enjuiciados con el criterio de los Prelados de la Iglesia de cualquier otro país, seguramente se habrían traducido, a estas fechas, en grandes e impresionantes Basílicas.

Pasó la Señora por Garabandal y ahora está en el Palmar de Troya. Allí asegura que la guerra, el castigo, las desgracias que se avecinan, se eludirán si los dirigentes responden y el pueblo acude a su llamada. Acaso una oración a tiempo pueda más que todas esas medidas de prudencia humana centradas en la protección de los pueblos. Seguramente que organizar esos grupos de reparación, de expiación, centrados en desagraviar a Dios; esa política, en fin, que desde hace tiempo se está pidiendo a través de varios videntes, resulte más económico y eficaz en el momento del peligro que todas las cuantiosas inversiones defensi-

vas, de cuya eficacia, a la hora de la verdad, dudo mucho, porque no podemos olvidar que a las amenazas y llamadas del cielo los hombres están respondiendo preparando a marchas forzadas la destrucción de la Humanidad.

Sé el desprestigio y los disgustos que firmar este artículo tiene que proporcionarme. El haber dado la cara como simple escritor mariano en varias ocasiones ha constituido para mi vida, centrada en mi mundo profesional y en la esfera de los negocios, un fuerte «handicap» en contra, y ha sido causa de continuos sacrificios y contrariedades. Mas he aprendido en cabeza ajena lo que pueden significar las consecuencias de una claudicación. No es audacia, inconsciencia ni osadía lo que representa el escribir y firmar este artículo. Ya cuento con que me tomarán por loco. Pero no tengo más remedio que correr una vez más este riesgo. Actúo consciente de mi deber, de mi responsabilidad, con todas las pruebas en la mano —lo que no me permite eludir el compromiso— y sintiendo dentro de mí eso que califica la Iglesia de santo temor de Dios. Que, una vez más, los lectores de este periódico me perdonen.

Firmado: FRANCISCO SÁNCHEZ-VENTURA

AUTOCRITICA

Sé que mi artículo tiene un defecto que impide la aceptación general del mismo por una gran parte de los seguidores de la Virgen. El defecto es que dice la verdad al desnudo y habla del *fenómeno universal* de las apariciones marianas. Cuando lo envié al periódico «Sevilla», de dicha capital, me pusieron una «pega» insoslayable con la que ya contaba: hablaba de Garabandal, y eso no era oportuno en Andalucía, donde una parte del público, como en todas partes, no quiere saber nada de temas religiosos; otra, que se dice cristiana, elude el tema de la Señora, que aunque sea la Madre de Dios, es en sí «una criatura humana»; y muchos de los que se dicen devotos de la Virgen son partidarios de la suya, y puestos a hablar de apariciones no admiten que se cite Garabandal, cuando en su propia tierra tienen las del Palmar. Pero lo curioso es que este mismo argumento se alega por una gran parte de los garabandalistas, que se rebelan contra el hecho de que

una historia tan clara y verdadera como la de Garabandal se puede manchar con el nombre del Palmar de Troya, presentado además, en el colmo del atrevimiento, como una continuación de los fenómenos acaecidos en la humilde aldea santanderina. Por el contrario, palmaristas opinan que todavía contra su «Virgen» no ha decretado la Iglesia ninguna clase de prohibición; en cambio, los garabandalistas creen que en el Palmar existen unas interferencias que prueban el origen diabólico de toda la historia, historia que ha puesto en marcha el infierno precisamente para desacreditar los hechos claros que ellos defienden.

Algunos existen también partidarios de ambas apariciones y ven en el Palmar, donde se habla del aviso, del milagro y del castigo, la lógica continuación de Garabandal, dadas las circunstancias que han concurrido. Pero estas raras excepciones tampoco están muy de acuerdo con mi artículo, porque cito en él los nombres de La Codosera y, sobre todo, de Ezquioga, donde el admitir su posible verdad resulta ya demasiado fuerte.

Como los «hinchas» seguidores de los equipos de fútbol se ha hecho sin querer, del tema mariano, una cuestión personal y partidista. Con ceguera incomprensible se sienten respectivamente heridos en su amor propio cuando les hablan de fenómenos parecidos en lugares distintos a los que han frecuentado y donde son más o menos conocidos. Se resisten a admitir una verdad incuestionable, con la que solamente puede explicarse lo

que está ocurriendo desde hace años: *el apostolado universal de la Virgen en pro de la salvación de la Humanidad*, apostolado que le obliga a seguir un itinerario ininterrumpido y permanente por toda la tierra.

Así surgen por doquier chispazos de apariciones marianas que responden a un plan de conjunto. Como si el cielo hubiese dividido la tierra en esferas geográficas, la Señora aparece y desaparece por diversos escenarios celestiales transmitiendo a sus hijos los mismos mensajes de salvación. Amorosamente persigue a los hombres y especialmente a los pecadores, y pecadores existen en todas las partes del mundo. Incansable y constante la Madre hace notar su presencia en los momentos de mayor peligro para la historia de la Humanidad. Por eso el estudiar una aparición aislada deja el espíritu lleno de dudas y de interrogantes. La solución del aparente jeroglífico celestial sólo se vislumbra en un análisis conjunto de todas ellas, donde el punto oscuro o las lagunas de una revelación quedan aclaradas en otras, dadas en lugares situados a muchos kilómetros de distancia. El Palmar de Troya es, sin duda, una pieza más de ese aparente rompecabezas divino que nos permite llegar, a través del espectacular itinerario de la Virgen por la tierra, a conclusiones cada vez más claras y definitivas.

EN EL PALMAR ME ANUNCIARON LO QUE IBA A OCURRIR

Cuando recibí el encargo de estudiar con otros y dar a conocer los hechos del Palmar de Troya, dudé con harto fundamento del origen auténtico de tal mensaje. Para asegurarme pedí pruebas al cielo, y nos llegaron y nos siguen llegando de forma decisiva e insoslayable. La tercera vidente que nos transmitía el mismo encargo, decía en su carta una frase que entonces me pareció disparatada: «pero tendrán que enfrentarse con los garabandalistas». Me indignó la advertencia y consideré aquella frase —ya que del encargo en aquel momento no podíamos dudar— como una interferencia del enemigo. Pero a los pocos días me empezaron a llover cartas y llamadas de protesta, y entre ellas, una firmada por una excepcional testigo de aquellos hechos. No tuve más remedio que contestarle con la carta que transcribimos en un libro próximo a publicarse, donde damos cuenta de la misma, precedida de unas breves líneas de presentación. Aunque en ella se repiten algunos de los argumentos que ya esboqué en esta autocrítica, voy a reproducirla íntegra, porque creo que para atajar el mal no hay nada mejor que el bisturí de la verdad, manejado con repetida y machacona insistencia. El epígrafe de este próximo libro a que me estoy refiriendo, dice así: *«Carta dirigida a una*

de las principales testigos de los fenómenos de Garabandal».

«La reproducimos aquí —decimos en el citado libro— porque entendemos que tiene interés para todos, en cuanto sale al paso de una corriente muy generalizada y que es fruto de una fuerza instintiva en el hombre: la pasión del partidismo, esa pasión que un famoso sociólogo calificó de «cabalística», o necesidad de la intriga, del espíritu de lucha y de crítica del grupo a que se pertenece frente a los demás. A este instinto, propio de la naturaleza humana, se debe esa realidad de las fobias y de las antifobias, que se han dado en todas las épocas, en todos los lugares y en todos los terrenos del arte, del deporte, de la política, etcétera. No hace falta insistir en la realidad del fenómeno, sobradamente conocido. Pues bien: muchos partidarios y defensores de Garabandal, quieren encerrarse en su posición y hacen inconscientemente un partido de su Virgen, como ocurre en Sevilla entre los miembros de algunas cofradías, que por defender a la Macarena atacan a la imagen titular de la cofradía vecina, como si todas las advocaciones marianas no fueran expresión de una misma realidad y de una misma Persona. Porque la Señora, bajo sus diferentes advocaciones, es siempre la misma: se trata de nuestra Madre y de la Madre de Dios, única, sola e incomparable en el cielo y en la tierra.

Adoptar otra postura es incurrir en una contradicción manifiesta: es caer en la confusión de

aquellos aragoneses encuadrados en las milicias rojas, que ante el bombardeo del Pilar manifestaron su protesta diciendo: «No creemos en Dios, pero que no nos toquen a la Pilarica...» Es, en definitiva, dejarse llevar por un sentido instintivo fruto de una pasión humana, sin percatarnos de que, como definía Balmes, el hombre perfecto es quien logra someter sus pasiones a la razón y su razón a Dios...

Una íntima amiga de Conchita González y excepcional testigo de los fenómenos acaecidos en Garabandal, escribió una carta a la que el Sr. S. V. entendía que debía contestarse. Su respuesta decía así:

«Querida amiga: Siento cuanto me dices en tu carta, aunque no me ha sorprendido nada. Esperaba tus palabras, que me reflejan la actitud de algunos garabandalistas. Pero tu carta tiene algo francamente bueno: la defensa de Garabandal hecha por una de las principales testigos, quien a su vez representa a la principal vidente, vidente que en cierta ocasión fue quien más duramente la atacó. Claro que los verdaderos garabandalistas no le creímos entonces, y nuestra fe en Garabandal permaneció y sigue permaneciendo inalterable. Yo creo ahora en la verdad de aquellas visiones mucho más que antes, cuando al oír hablar del *aviso*, del *milagro* y del *castigo* en otros escenarios celestiales, estoy recibiendo la confirmación de la realidad de las apariciones.

Pienso que haces muy mal en afirmar que la Vir-

gen, al aparecerse en Garabandal, ha dado por terminada su misión en la tierra. Quiero recordarte que antes de Garabandal se había aparecido ya en otros muchos lugares: en París, en La Salette, en Lourdes, en Fátima, en Banneux, en Pontmain, en Beauring, en Heede, etc. Si todas estas manifestaciones anteriores a Garabandal, han sido aprobadas por la Iglesia y han resultado ciertas, ¿por qué no van a ser verdaderas las que vengan después? ¿O es que Garabandal tiene que ser forzosamente la última estación en ese itinerario de la Virgen por la tierra? Piensa que nosotros no somos nadie para decirle a María: «Basta ya de apariciones. Suspende la marcha. Llegaste a Garabandal y de aquí no puedes pasar. Rompe tu costumbre de viajar por la tierra y quédate en Garabandal para siempre», en ese Garabandal donde por cierto tan mal se te ha recibido por el pueblo y por la Jerarquía.

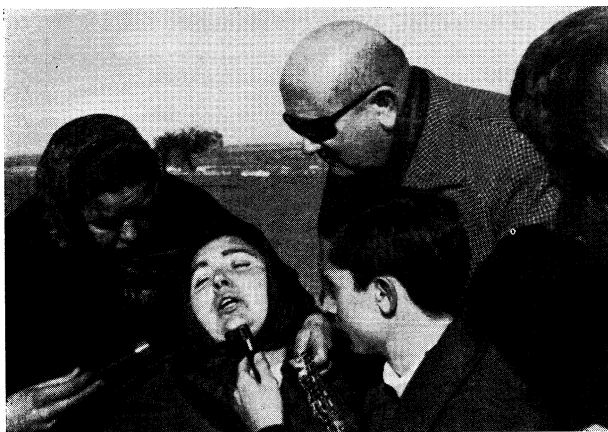
No, mi buena amiga. Si yo llego a escribir algo sobre el Palmar será porque circunstancias providenciales me obligarán a ello, pero sí puedo decirte que después de haber estudiado las apariciones de la Virgen en el mundo entero, te aseguro que lo del Palmar es tan cierto y tan verdadero como lo que vosotras tuvisteis la suerte de vivir y protagonizar. Los mismos fenómenos, los mismos hechos, los mismos prodigios, las mismas promesas y los mismos mensajes. Y todo ello avalado por el milagro del sol, que se ha repetido varias veces, como varias veces se repitió en el Bocco y

en San Damiano y en La Codosera y en el Vaticano ante Pío XII y en Fátima... Garabandal es de Dios, aunque tú digas lo contrario, y esas apariciones de Garabandal, son las que se han prolongado, trasladándose a otro sitio, desplazándose de lugar, ante la actitud de esa Jerarquía que prohibía a la Virgen e impedía con su comportamiento que siguiera manifestándose. Si la Señora les exigía a sus videntes obediencia, parece lógico que hiciera lo propio, predicando con el ejemplo. Y ante el comportamiento de ese pueblo que confundiendo la peana con la imagen, estropearon a las niñas, simples instrumentos humanos, al centrar en ellas, exageradamente, sus atenciones y su devoción.

Me dices que Conchita mira los hechos del Palmar con cierto recelo y no acaba de convencerle la información que ha recibido. Es lógico que así sea, pues las noticias le habrán llegado a través de apasionados garabandalistas que, sin duda, le facilitaron una información parcial, incompleta y poco objetiva, dado su mismo entusiasmo hacia la causa que representan. Pero piensa que tampoco tendría razón Bernardette Soubirous si le hubiera puesto el veto o hubiese manifestado su disconformidad y sus recelos hacia las apariciones de Fátima que se dieron después, de la misma forma que no tenéis razón vosotras por disgustaros ante la realidad de otros hechos semejantes que se están dando a continuación de los que habéis tenido la suerte de presenciar o protagonizar, he-



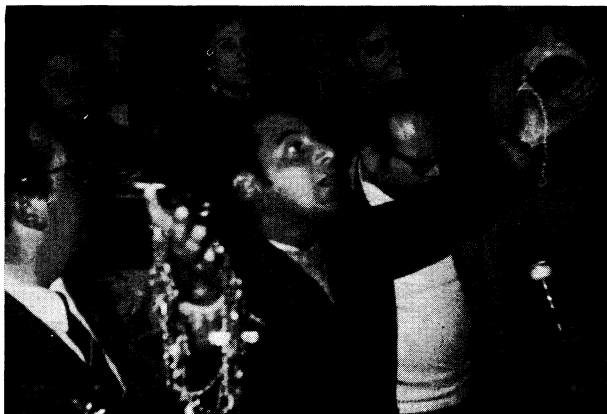
Luisa Vila durante el éxtasis de la noche del 15 de noviembre de 1969.



María Marín en trance. (15 - 1 - 70)



Las manos de Luisa Vila, después de su instantánea estigmatización.



Extasis de Clemente en la iglesia de Garabandal

chos que además constituyen una lógica respuesta a un mal comportamiento que a todos nos atañe. La Virgen pasó por Garabandal, está pasando por Utrera y seguirá su marcha por el mundo, para desarrollar su apostolado continuo y admirable, que no se centra solamente en vuestra salvación ni en la mía, sino en la salvación de toda la Humanidad.

Hora es ya de abandonar los nombres que distinguen y separan, para centrarnos en el apellido que identifica a todos los hermanos. No debemos presentarnos como palmaristas, ni garabandalistas, ni fatimistas; dejemos y prescindamos de todos estos nombres, expresión de un peligroso partidismo, para ser sencillamente *marianos*, defendiendo sus apariciones como lo que realmente son: *un fenómeno universal que empezó hace muchos años y sigue todavía a través del tiempo y del espacio.*

Yo no busco milagritos ni espectáculo. Me limito a constatar la realidad de un fenómeno universal admirable y seguir, temeroso y enamorado, los pasos de la Señora por la Tierra, de esa Señora que las videntes de Garabandal han tenido el privilegio de conocer y besar.

No caigas en la tentación de pensar que tu amiga Conchita y sus compañeras de visión tienen que ser en exclusiva las únicas videntes de la Virgen, de esa Virgen que se prodiga hoy día por numerosos sitios y se manifiesta a muchas almas, porque estamos en aquellos tiempos, que ya en el Antiguo Testamento anunciaba la profecía de Joel,

cuando decía: «Que muchos jóvenes verán visiones y muchos ancianos soñarán sueños, y el Señor derramará su espíritu sobre la tierra y serán muchos los videntes que profetizarán».

Que Conchita agradezca a Dios la suerte de haber sido una de las elegidas, pero vosotras no debéis de empujarla para hacerle caer en la tentación de pensar que tiene que ser la única.

Dios es enemigo de exclusivas y monopolios. Por eso, al rodearse de los primeros apóstoles, eligió a doce y entre ellos había uno que lo traicionó y otro que le negó; pero este último observaba que era el más importante y el más querido. Conchita ha negado a la Virgen y, sin duda, es también la más importante y seguramente la más querida, pero esto no quiere decir que sea la única y tampoco debe desear serlo. Que acepte humildemente su papel y agradezca al cielo tantas pruebas de predilección que ha recibido y sigue recibiendo, procurando hacerse cada día más digna de ellas.

Esta carta no pretende ser un sermón ni tampoco pretende enseñarte nada. Es una carta escrita con la misma buena fe con que me has escrito tú la tuya, y con el mismo deseo de anunciaros un peligro que estáis corriendo y que yo te denuncio y advierto con la generosidad y nobleza con que tú me adviertes del que sinceramente crees que yo corro.

La verdad es que ambos corremos muchos peligros porque pisamos, por voluntad de Dios, un

terreno muy resbaladizo. Pero las oraciones de nuestros hermanos no nos faltarán en estos momentos y la Madre no nos abandonará tampoco, porque si es verdad que conoce nuestros defectos, nuestras debilidades y nuestra pobre valía, también es cierto que sabe de nuestra buena fe, de nuestra confianza y nuestra esperanza y amor en Ella, que cada día, gracias a Dios, crece más y más.

Que no nos deje de la mano es lo que pido en esta hora tan delicada y crítica para todos,
Cariñosamente».

EL PORQUE DE ESTE FENOMENO DE RECELO MUTUO Y DIVISION

La explicación de lo que está ocurriendo nos la da la Virgen en su mensaje del pasado 22 de agosto: «El enemigo está en medio de vosotros y os confundirá. Llevad cuidado con él, que se disfrazaba y os engaña».

Y esto, que la Señora anunció, es lo que está ocurriendo. Pero el fenómeno se da en forma de apasionada intransigencia. Solamente pensando en una influencia diabólica, la actitud de terca seguridad que manifiestan algunas de estas piadosas almas, tiene explicación. Yo he intentado dialogar con alguna de ellas, sin lograr conmover sus principios. Les contaba hechos inexplicables, milagros estrepitosos, fenómenos y pruebas definitivas. Pues

bien: para todo encontraban una salida. «Los milagros los puede hacer el diablo», me decían, cuando ya no sabían cómo explicar el hecho. La conversión espectacular de aquel pecador, era obra de Satanás; el aroma inconfundible que ha impregnado súbitamente, en varias ocasiones, algunos objetos en el momento de ser bendecidos por la Virgen —«aroma de mi alma», como Ella ha dicho en alguna locución— es fruto de una sugestión colectiva, o un engaño de los sentidos, o en todo caso un fenómeno de tipo espiritista, producido por el deseo de los presentes, fenómeno similar al movimiento de las mesas bajo las manos de los que se dedican a invocar espíritus. Yo apunté: ¿Y el milagro del sol?» La respuesta fue fulminante: «El enemigo puede producir un prodigio así y otros mayores».

... ..

(Esta línea de puntos sustituye a un párrafo quitado a última hora, en el que se relata la discusión con un alma mariana enemiga del Palmar, pues temo faltar a la caridad que nos debemos todos.)

No hay más camino, para distinguir lo verdadero de lo falso en estos momentos de confusión, que el criterio que nos marcó Cristo en el Evangelio: «Por los frutos los conoceréis», y solamente por el camino de la humildad, de la penitencia y de la oración, podemos encontrar la luz.

En el Palmar habrá interferencias diabólicas

como las ha habido en todos los escenarios celestiales de claro origen sobrenatural. Desconfiemos de encontrar a Dios donde no existan chispazos que denoten también la presencia del enemigo. Pero yo os aseguro que los frutos de los fenómenos que he tenido ocasión de presenciar y que avalan la realidad que defiendo, han sido frutos sorprendentes de amor de Dios, de humildad, de anonadamiento, de santa indiferencia, de alegría y paz interior, de esperanza, de fe y de verdad; frutos, en fin de vida eterna, que han atraído como consecuencia el cambio radical de vida y costumbres de muchas almas.

Cuando mi atrincherado y seguro interlocutor se despidió, me entregó para convencerme unas circulares editadas a ciclostil del movimiento al que pertenecía. Y entonces pude comprobar que, en efecto, recogía los mismos anuncios que se habían dado en Garabandal, en el Palmar y en los Libros Sagrados. Advertencias sobre lo inminente del aviso, el disgusto del cielo por el comportamiento de algunos Pastores, la promesa del milagro, el castigo que se avecina si la Humanidad no rectifica, etc. Aquellas circulares parecía que se habían limitado a recoger los mensajes del Palmar de Troya, presentándolos de otra forma, pero diciendo lo mismo.

Si lo uno es falso, lo otro lo será también. Si estos anuncios son verdaderos, aquéllos lo serán igualmente, en cuanto afirman lo mismo. ¿Por qué, pues, la actitud de estos recalcitrantes y par-

tidistas apóstoles? En el respaldó de una de las circulares entregadas me habían puesto unas líneas para mí, escritas de puño y letra del jefe de la Organización, líneas que decían: «Rechace enteramente cuanto ocurre de extraordinario en el Palmar de Troya. Es puramente diabólico. Si no quiere encontrarse entre los réprobos, ha de hacerlo». ¿Pero no está usted advirtiendo al mundo con sus circulares lo mismo que se dice en el Palmar?

Claramente comprendí que en el fondo de esa división no existe sino el egoísta afán de hacer proselitismo para su propio grupo. De lo que se trata es de que juegues en su terreno y te quieren fichar, como si se tratara del fichaje de un jugador de fútbol, no para que dejes de meter los goles que intentamos meter en favor del cielo, sino para que los metas como jugador de un Club determinado. En el fondo todo responde a esa miseria humana que a todos nos corroe el corazón por dentro, miseria fruto de un instinto que el enemigo estimula soplando sobre el fuego para producir el humo que todo lo mancha, lo borra y lo confunde.

No quiero con mis palabras ofender a nadie, sino señalar un peligro. Y recordar que todo el que se sienta seguro trabajando por la Virgen, consciente de haber encontrado el camino de la verdad, que se mantenga en él y su afán proselitista lo dedique a convencer a tantas almas que viven apartadas de Dios, en vez de gastar un esfuerzo en tachar de réprobos a los que estamos lu-

chando en el mismo frente. Seguir pacientemente el camino de la oración y de la penitencia, abrazados a nuestras respectivas cruces y sin darle importancia a la materialidad de ponernos en el ojal una insignia determinada. Y si al decir estas verdades tan elementales y tan claras estoy ofendiendo a alguien, le ruego, de todo corazón, que me perdone.

LA MATERNIDAD DE MARIA

Es otro de los párrafos de mi artículo que dará lugar quizás a críticas peligrosas, no porque nadie dude de la realidad de esta afirmación, sino porque de ella tomarán pie para encuadrar al autor en ciertos movimientos y en determinados grupos, algunos de los cuales están vinculados a historias que entrañan un misterio incomprensible.

Una vez más quiero hacer constar: ante los misterios de Dios no me considero autorizado, ni preparado, para comprenderlos ni para explicarlos. Me limito a adoptar una actitud de respetuosa espera. No los defenderé nunca porque mi razón no los comprende, pero tampoco caeré en la tentación de rechazarlos. En mi artículo no quiero decir más que lo que digo: que en esta coyuntura histórica la llave que abre todas las cerraduras es la que se condensa en la Jaculatoria que invoca a María como Madre. Esta realidad la

afirmo y la defiendo, porque la he experimentado y la he vivido; porque el Papa, desde el alto lugar que ocupa como piedra de la Iglesia, la defiende también; porque en Garabandal se recomendó de labios de la Virgen; y porque en el Palmar de Troya no hay vidente que trate a la visión de Señora o de Reina, que no reciba la siguiente aclaración: «No soy Señora, soy tu Madre, soy Madre de Amor».

Cuando las videntes de Garabandal le preguntaron a la Virgen si tenían que rezar el Ave María como Ella les había enseñado —«Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra»— o como lo mandaba la Iglesia, la respuesta fue: «De momento rezadla como siempre, hasta que la Iglesia lo apruebe». La Señora les había enseñado el Ave María con la frase añadida. En relación con esto presencié recientemente un hecho muy significativo que quiero consignar. Rezando el rosario un grupo de personas, durante un viaje, unas con la fórmula clásica y otras con el añadido de «Madre nuestra», el que lo dirigía interrumpió el rezo para pedir unanimidad en la fórmula a emplear. Entonces se acordó consultar a la Virgen: «Añadid el «Madre nuestra» —dijo la vidente tras la consulta. No tendría importancia esta respuesta si en aquel momento no se hubiera inundado el coche con el perfume inconfundible que denunciaba la presencia de la Virgen.

Es peligroso, al amparo de historias humanas más o menos convincentes, atentar abiertamente contra las revelaciones del cielo.

LA JUSTIFICACION DE MI ARTICULO

Ante el ataque del «Correo de Andalucía», mi artículo estaba justificado. La pena es que la defensa no estuviese en manos de otra persona más preparada que yo y de más autoridad, para replicar como exige y merece el tono del citado reportaje. Porque el veneno y la mala fe de los redactores del «Correo de Andalucía» se condensaba en las simples frases que transcribo para que el lector pueda juzgar por ellas de la verdadera intención del artículo.

Antes quiero hacer constar que bajo un gran titular que decía: «Tres personajes en busca de la noticia: un teólogo, un reportero y un fotógrafo», se daban los nombres de los autores, que eran el Canónigo don Francisco Gil Delgado, el periodista don Antonio Guerra y el fotógrafo señor Galán. Los tres componían lo que ellos mismos denominaban «La comisión informativa».

En su reportaje empiezan por prometer «un estudio serio o al menos objetivo, con todo el respeto que merecen las apariciones». A continuación relacionaban las apariciones de nuestro pueblo con el Quijote, donde también se confunde a los gigantes con los molinos; e insistían en que el

trabajo no había sido hecho con precipitación, pues antes de redactarlo el periodista «contó hasta cien». Seguidamente habla de que el pueblo sueña ya «con peregrinaciones masivas que alcancen la categoría de viajes organizados, para los que las agencias del ramo se pintan solas. El sitio, desde luego —dice el artículo—, no puede ser más a propósito». Bajo un pie de foto, se lee: «Los videntes dialogan con algunas de las personas divinas que se han incorporado al *repertorio de apariciones*», empleando un léxico muy apropiado para cualquier gacetilla de revista teatral.

Se alude después «al implacable castigo de un Dios tremendo, a la Iglesia corrompida y a los llantos del Papa». Se dice también que las apariciones lo mismo tienen lugar en el Lentisco como «en el curso de una merienda o de una reunión mística». Habla de que uno de los videntes ha alcanzado un número de apariciones que constituye todo un «record» y de que otro ha recibido en el mismo día «cuatro comuniones, tres místicas y una sacramental». Bajo el título de «Aumenta el repertorio», el «equipo informador» aclara: «A las primeras visiones de la Virgen se han incorporado hoy un buen número de santos y personas divinas como el Padre Eterno, Cristo, Santo Domingo de Guzmán, Santa Teresita del Niño Jesús, el Padre Pío, etc.»

El periodista pregunta a una vidente: «Si a San José lo reconoció por la vara florecida del

nardo». Y explica que el Padre Eterno se presenta «en forma de anciano venerable» y que siente temor «ante la hoguera de Pedro Botero».

Para que nadie dude de la objetividad, el respeto y la buena fe de los miembros que integran la llamada «comisión informativa», se dice en el reportaje «que las escenas que han visto les ha recordado en muchas ocasiones a Ibáñez Serrador y a Igmarr Bergman, ya que de ellas hubieran aprovechado los más logrados exteriores al natural para sus truculentas producciones». Y resume su pensamiento con esta frase feliz: «Si Torquemada apareciera cualquier día por el Palmar de Troya, se hincha».

Después, la citada comisión acude a entrevistar a doña Regla Contreras, lo que les permitirá tirar la piedra y esconder la mano, presentando como dicho por un testigo ajena a los redactores, lo que luego hemos sabido estaba encerrado en el pensamiento de ese periodista que ha prometido un estudio serio, hecho con respeto, objetividad y buena fe. Y doña Regla Contreras responde entre otras cosas: «Esto me parece un ballet perfectamente sincronizado»; «creo que se trata de una comedia interpretada por magníficos actores»; «aquí hay demasiados éxtasis, demasiadas contorsiones y demasiadas caídas a tierra». Indignada llega a decir: «¡Hacer venir al Padre Pío con lo tranquilo que debe encontrarse en el cielo!»; «me parece un derroche de santos para dar la comu-

nión sólo a siete personas»; «ante tanta maravilla aquí se coge complejo»; «yo le pedí a la Virgen que si la iba a ver y me caía, me mantuviese en una postura correcta»; «si esto es la religión, para mí la religión es un chasco», etc.

Con lo dicho, como botón de muestra, ya vale.

Y ahora pregunto yo al teólogo señor Gil Delgado, quien como sacerdote ofrece mayores garantías: ¿Cree sinceramente que en el citado reportaje, donde se vierten todas las frases que he copiado textualmente, ha cumplido su palabra de hacer un estudio serio, objetivo y respetuoso?

Doña Regla Contreras, al leer al día siguiente lo que había dicho se asustó y comenzó su calvario. Del Palmar a Sevilla y de Sevilla al Palmar estuvo yendo y viniendo varios días, dando explicaciones a todo el mundo de la verdad de lo ocurrido y pidiendo perdón por haber dicho lo que no quería decir. No sé si fue precisamente su inquietud lo que le hizo al Señor transmitir a Luisa Vila en un éxtasis, el día 11 de febrero, festividad de la Virgen de Lourdes, el siguiente mensaje: «El Padre se llena de gozo y la gloria canta alegría cuando un pecador arrepentido pide amparo a la Virgen y perdón a su Dios».

De estas palabras ni Luisa Vila ni su esposo le dijeron nada a doña Regla Contreras el sábado día 14, cuando les visitó en su casa, porque no pensaban que tuviera nada que ver con ella. Pero, sin perjuicio de tratarse de un mensaje general, yo pienso que quizás era una respuesta directa

del cielo a la angustia, al santo temor y a la inquietud y arrepentimiento que manifestó tan sinceramente doña Regla Contreras.

LA NECESIDAD DE DESAGRAVIAR A DIOS

Los encargos del cielo suelen darse por varios conductos y a través de personas sencillas, generalmente de poca influencia en el mundo, elegidas precisamente por su modestia y humildad. De aquí que no suelen causar el debido impacto; algo parecido a lo que debió ocurrir con las primeras predicaciones de Cristo, para quien constituyó un fuerte «handicap» la circunstancia, en su tiempo, de ser el Hijo del Carpintero. Pero Cristo era Dios y tenía la facultad de obrar prodigios y sólo así pudo imponerse y hacerse seguir por una pequeña masa de gentes entre los que prevalecían también los humildes y sencillos.

En el año 1962 se dio en España la primera revelación que he tenido ocasión de conocer, insistiendo en la necesidad de levantar un templo o lugar de expiación, de reparación por los pecados de la Humanidad.

En el extranjero se han dado también manifestaciones en este sentido. Concretamente en México se encomendó a una vidente, miembro de una comunidad religiosa, el visitar al Santo Padre para que se erigiera la obra de desagravio que reiteradamente se había pedido para Roma y Méxi-

co. «Quiero el Templo de desagravio nacional en la Basílica de mi Madre Santísima, y en Roma, en la misma Catedral de Pedro, llamada a ser el *Templo universal de expiación*. Para la nación que cumpla este deseo se prometen grandes gracias. Si, por el contrario, se continúa negando al cielo esta obra, que es de «unificación universal», el mal aumentará en el mundo por momentos. las almas no hallarán reposo ni habrá felicidad en la Tierra y todo se volverá confusión y miseria».

En todos los mensajes marianos, públicos y privados, se habla de penitencia, y últimamente se emplea la palabra «desagravio», desagravio al Padre. El cielo pide, sin duda, oración reparadora. «Mi obra de desagravio es la obra más amada de mi corazón, ya que ella me proporciona una legión de almas víctimas que me ayudarán a conquistar el mundo». En otra ocasión, dicen: «Que se cumplan mis mandamientos por encima de todo y se establezca en mi Iglesia cuanto antes la obra del desagravio». El 14 de mayo de 1969 recibieron confirmación de este mismo deseo expresado en las siguientes palabras: «No llegarán las gracias que necesitan todos hasta que no se haya satisfecho este deseo de mi corazón. Anhele llegar, visiblemente, en mi segunda Venida. Esta gracia es muy grande y no se puede alcanzar mientras no se erija y extienda en mi Iglesia la orden de desagravio; si no se crea la legión de almas víctimas ofreciendo reparación; si no van por el mundo mis misioneros mínimos

predicando y prestando su servicio *desinteresadamente*... como Yo lo hice».

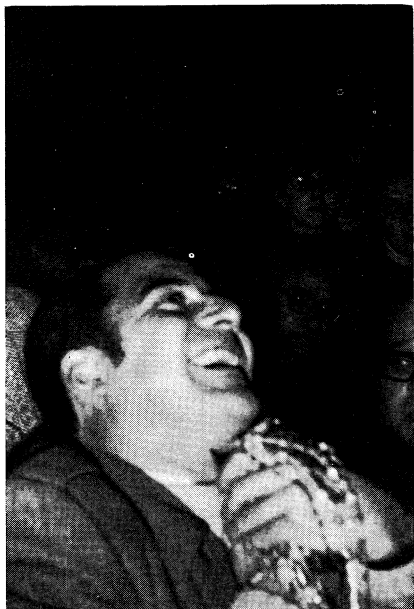
Otro día afirma: «Decid al mundo entero: vuestra salvación está en uniros a la obra de desagravio, la más predilecta de mi corazón». «Reforzad las filas de las almas consagradas a la Divina Justicia por amor de caridad en unión conmigo». «Levantad un clamor ante mi Vicario para que se erija la orden de expiación». «Si no se forma mi legión de desagravio, de almas víctimas, os espera la eterna perdición para la mayoría».

A este mismo tenor se expresan otros videntes, todos ellos humildes, desconocidos entre sí y separados por muchos kilómetros de distancia. El que estos mensajes no prosperen o tarden en prosperar se debe a mi entender a la humildad y pobres posibilidades de las almas generalmente elegidas como portavoces del cielo; a que Dios, al actuar a través de ellas, hace uso de elementos humanos de poca influencia por su propia sencillez: esto obliga a captar la idea, sin dejarse influir por la forma de expresión que humanamente no es siempre acertada. Como escuché en una ocasión a un escéptico ante los mensajes de las niñas de Garabandal: «¿Pero es que la Virgen no sabe ortografía?». Sí, le contesté, pero si un artista consumado del violín emplea para tocar un instrumento deficiente, con las cuerdas rotas y destempladas, la melodía podrá ser perfecta, más su expresión musical resultará pobre y desentonada. Quizás el cielo quiere así, al

ponerlo más difícil, probar la fe de sus fieles y exigir el esfuerzo y la colaboración humana sin la que no existe mérito ni se logra vivir el prodigio.

Llevando a la práctica las recomendaciones de Pío XII, el P. Pío creó lo que él llamaba los «grupos de oración», diseminados por toda Italia, y que hoy son una realidad en muchos países.

Estamos en los últimos tiempos. La reparación es urgente y la expiación precisa. Por eso el cielo, a la vista de los acontecimientos que se avecinan, acontecimientos que la propia actuación humana acelera o retrasa, pide almas víctimas, entregadas a la dura labor de desagraviar a Dios. Esta urgencia me permite sugerir la posibilidad de considerar como lugar para centrar nuestras rogativas, nuestras ofrendas y nuestros deseos de reparación, la criptomonumento erigida al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles. Ante El, Alfonso XIII formuló la solemne consagración de España. Dicho monumento fue objeto de sacrílega profanación, profanación hecha por manos de españoles que está pidiendo la justa reparación por parte de otros españoles. Allí se conservan los restos del Templo destruido, la cabeza del Señor desfigurada por los golpes de la turba satánicamente encolerizada y el corazón de la Imagen, corazón esculpido en piedra, rodeado de balazos, pero sobre el cual no causó el menor daño ningún proyectil, a pesar de haber sido el blanco del escandaloso y sacrílego fusilamiento. El Cerro de los Angeles, erigido sobre el centro geográfico



Durante el éxtasis en la iglesia de Garabandal del día 4 de abril de 1970.



Clemente, en los pinos de Garabandal, durante su éxtasis del día 4 de abril de 1970.



Un grupo de peregrinos rezando el viacrucis en camino hacia Garabandal.



El escritor G. Becker, dirige unas palabras a los peregrinos antes de presenciar los hechos causa de su conversión.



De Cosío a Garabandal Clemente no logra ver nada, pero escucha un coro de ángeles que le obliga a levantar con frecuencia la vista al cielo.

de España, bien pudiera ser en estos momentos el lugar ideal para levantar hasta el cielo la escala sublime de las oraciones y los sacrificios de nuestro pueblo. A la sombra del monumento donde España se consagró al Señor puede formarse esa legión de almas víctimas dispuestas a ofrecerse en holocausto para desagraviar al Padre.

¡Cuántas veces una oración a tiempo de almas humildes, como de niños, pueden tener más fuerza y resultar más eficaces a la hora de la verdad que todas las previsiones y los esfuerzos de los sabios y prudentes!

ALCANCE

Se estaba terminando de tirar este folleto con el artículo de Sánchez-Ventura sobre las apariciones en el Palmar de Troya y su Autocrítica, cuando nos llegó la noticia de la estigmatización de Luisa Vila y el Mensaje de Clemente Domínguez, a quien la Virgen enviaba a Garabandal. Ambos hechos, de trascendental interés, merecían recogerse para general información de nuestros lectores. Y éste es el motivo del presente apéndice donde figura la crónica de viaje, escrita por Sánchez-Ventura, sobre lo ocurrido en Garabandal el 4 de abril de 1970; la estigmatización de Luisa Vila en el Lentisco, fenómeno que se produjo de repente, mientras contemplaba en una visión al Señor en la tarde del último Martes Santo; y el impresionante relato donde el escritor Gerhard Becker nos cuenta las experiencias vividas en Garabandal y que le llevaron a recuperar la fe que había perdido.

Los tres hechos nos han parecido de relevante trascendencia y no dudamos en añadirlos al presente folleto, completando nuestra información con un valioso documental gráfico de fotografías inéditas. Todo en el deseo de servir al lector como se merece.

LA EDITORIAL CIRCULO

DESDE EL PALMAR DE TROYA LA VIRGEN PROCLAMA LA VERDAD DE GARABANDAL

Crónica de Viaje

Cerca de las doce de la noche del día 1 de abril, me llamó Miguel Gay Doménech desde Santander. Venía del Palmar de Troya, donde había tenido ocasión de vivir una jornada inolvidable. Al final, y cuando habían iniciado la marcha, alguien les dijo que un vidente estaba en éxtasis y les llamaba. El grupo de montañeses garabandalistas volvieron al lugar de los prodigios, y allí, Clemente Domínguez, en estado de trance, les transmitió el siguiente mensaje:

«Es mi deseo que vayas a Garabandal, adonde te acompañaré, para dar una buena sorpresa a los que siguen fieles a mis apariciones. Quiero volver

a abrazar a aquellos hijos míos, pero sólo a los que han seguido fieles a la fe y no a los que me negaron. Habrá maravillas en Garabandal el día que tú estés allí. Quiero dejar prueba en el Palmar de que también me aparecí en Garabandal; por eso aquí te lo confirmo. Daré con ocasión de tu viaje una oportunidad para que se retracten de la negación que me hicieron las videntes. Fui tratada muy mal y por eso me marché, pero como Madre que soy, quiero dar una nueva oportunidad. Bendigo de forma especial a mis hijos de la montaña y a todos vosotros».

El mensaje me impresionó. Respondía a lo que intuitivamente había pensado siempre. En el artículo que envié al periódico «Sevilla», y que publico en este folleto, así como en la Autocrítica, trabajos ambos que en aquella fecha ya tenía impresos, pues la presente publicación estaba tan sólo pendiente de encuadernar, se hablaba de cómo la Virgen no había tenido más remedio que desplazarse del norte al sur ante el mal comportamiento del pueblo y de la Jerarquía; comportamiento sin duda de buena fe, pero no por eso prudente ni acertado. En la última asamblea mariana de Zaragoza, celebrada en el mes de noviembre, llegué incluso a decir que si Conchita González fuese al Palmar de Troya es fácil que viera a la Virgen, pues algo interior me decía que la Señora no podía volver adonde tan mal se le había recibido. Después supe que no convenía que fuese, porque no llegaría a verla. Los planes de Dios eran otros.

El cielo quería precisamente a la inversa: que fuese un vidente del Palmar quien subiera, cumpliendo órdenes de la Señora, hasta Garabandal, para darles a los hijos fieles la satisfacción que merecían. El mensaje lo decía claramente: «Quiero volver a abrazar a quienes se mantuvieron firmes en la fe y no a quienes me negaron». Para los *invitados* por la Señora, «habrá maravillas». Con esta visión y este mensaje daba en el Palmar de Troya la *prueba* de que también en Garabandal se había aparecido —hay que tener en cuenta que si los garabandalistas desconfían del Palmar con el mismo o mayor motivo, dado el desarrollo de esta historia, la retractación de las videntes y la condena del Obispado, los palmaristas desconfiaban de Garabandal— y que su marcha de la aldea santanderina estaba justificada «por lo mal que fue tratada». No obstante, su deseo era el darles a las videntes que le negaron una oportunidad para que rectificaran.

Estas palabras sonaron en mis oídos a música celestial. Porque encajaban de lleno con lo que venía defendiendo desde hacía meses. Probaba que, en efecto, las apariciones de la Virgen son un fenómeno universal y que el Palmar de Troya venía a ser la continuación de Garabandal, donde la propia justicia de Dios y la propia dignidad de la Virgen impedían a la Señora el seguir manifestándose.

Me impresionó el oír la lectura telefónica del mensaje leído por Gay Doménech; pero casi tanto

como aquellas palabras, me impresionó la voz de Plácido Ruiloba, entusiasta garabandalista de los primeros tiempos, que, sin embargo, últimamente, se había ocultado, desilusionado y escéptico, ante la forma de sucederse los acontecimientos. Debo confesar que sus palabras de aliento y esperanza despertaron mi ansiedad y mi deseo de asistir.

Pero el viaje me venía muy mal por mis ocupaciones profesionales y Clemente Domínguez había sido además zarandeado por el enemigo en algunas de sus manifestaciones extáticas. «¿Y si fuese una treta del diablo para acabar de hundir y hundirlo todo?», pensé.

Me despedí, prometiendo subir si las «circunstancias me lo permitían». Pero antes quise asegurarme de lo que procedía hacer, captando la opinión de personas autorizadas.

No sé si voy a escandalizar con mis palabras. Pero la verdad es que en estos momentos en que el cielo se está volcando sobre la tierra, son muchos los videntes —como se anuncia en la profecía de Joel— que tienen revelaciones de Dios. En consecuencia, un medio de conocer el origen preternatural o auténtico de un aparente mensaje del cielo está en consultarlo y constatarlo con otras almas situadas a muchos kilómetros de distancia y totalmente desconectadas del lugar de donde el mensaje procede para ver si tienen información por vía extraordinaria que venga a avalar la realidad del mismo. Y, en efecto, hice la prueba y por dos conductos distintos recibí la misma orden: los

garabandalistas creyentes debían subir el día 4 a la aldea de la montaña. La cita del cielo era auténtica. Varios videntes, que vivían encerrados en su mundo y desconectados de Garabandal y del Palmar, habían recibido también la orden de asistir. Ante aquellas noticias ya no dudé. Y venciendo obstáculos y eludiendo compromisos, me puse en marcha hacia Santander a las nueve de la noche del jueves día 2 de abril.

MI ESTANCIA EN SANTANDER

Llegué sobre la una de la tarde del viernes y me entrevisté con Plácido Ruiloba y con Miguel Gay Doménech. Este me llevó a uno de los muchos cenáculos de oración, que con entusiasta afán apostólico está organizando en toda la provincia. La idea responde a lo que el cielo recomienda para estos momentos y coincide con las instrucciones del Padre Pío, quien interpretando el sentir de Pío XII, lanzó la idea de formar aquellos «grupos de oración», por cierto tan injustamente perseguidos, que surgieron y se diseminaron por toda Italia en poco tiempo y que todavía perduran.

En aquel cenáculo de Santander, el Decano de los cenáculos como le llaman, porque fue el primero que se constituyó, nos reunimos un grupo de personas para rezar el rosario y comentar las últimas noticias. Allí llegó también Clemente Domínguez, a quien traía en coche desde el Palmar de

Troya, Michel, el inglés: un enamorado de la Virgen que vino a España en viaje de turismo o descanso y se quedó en Málaga, desde donde sigue de cerca los acontecimientos del Palmar y adonde se traslada periódicamente, habiendo tenido ocasión de presenciar hechos sorprendentes.

Clemente pronunció unas inspiradas palabras y todos comentamos con esperanza la jornada preparada para el día siguiente. Los más impacientes querían salir aquella misma noche hacia Garabandal. Pero por fin prevaleció la idea de concentrarnos en la iglesia de los Padres Carmelitas para oír misa todos los expedicionarios a las siete de la mañana del día siguiente, de donde partiríamos, en caravana, hacia Cosío.

El aroma de la Virgen, en misteriosos e inconfundibles fluidos, que iban y venían, nos confirmaron de forma bien elocuente que todo marchaba bien y que nuestro proyecto estaba de acuerdo con los deseos del cielo.

LA SUBIDA A GARABANDAL Y EL PRIMER EXTASIS DE CLEMENTE

Sobre las diez de la mañana del día 4 nos encontramos en Cosío. En las calles del pueblo habían aparcado vehículos procedentes de los más apartados rincones de España. En pocos minutos se inició la marcha a pie por la dura pendiente. A una señora, enferma del corazón, le ofrecieron

subirla en un coche; pero se negó. Y andando emprendió su marcha y llegó a la meta sin cansancio aparente.

Recuerdo que estuve con una paralítica curada milagrosamente por la Virgen en el momento de meterse en la piscina de Lourdes, mientras impresionada por el aspecto de una peregrina enferma renunciaba a su curación a cambio de lograr la de aquella desconocida

También vi a una mujer delgada y exageradamente alta, a quien había conocido en Garabandal la primera noche que pasé en el pueblo —la del 7 al 8 de diciembre de 1964— y que entonces usaba unas gafas muy gruesas, pues apenas veía, y a quien me sorprendió ver sin gafas de ninguna clase leyendo el Vía-crucis. Cuando le pregunté, se limitó a contestarme, como si se tratara del hecho más natural del mundo, que la Virgen le anunció que le curaría la vista y, como siempre, había cumplido su palabra.

Descubrí a varios videntes que pasaron desapercibidos, procedentes de varias capitales, y que acudían a Garabandal por orden de la Señora. El comprobar la presencia de aquellas almas excepcionales tranquilizó mi espíritu y me uní al grupo de caminantes que trepaban ya por la senda montañosa hacia San Sebastián de Garabandal.

Gay Doménech, con esa voz clara y firme que le caracteriza y que le permite el lujo de despreciar la ayuda del micrófono hasta en pleno escenario de la Naturaleza, pronunció unas breves pa-

labras, haciendo notar que se trataba de una subida penitencial, y que todos deberían unirse a los rezos con la máxima devoción posible. De nuestro espíritu de fe, de preparación, de oración y penitencia, dependía, en definitiva, el éxito de la jornada.

Se rezó el Vía-crucis con impresionante fervor. Se rezaron después las tres partes del rosario. Se entonaron varias veces cánticos religiosos, vigorosos y perfectamente unificados en el tono y en la voz. Se dieron muestras de fe, de gran devoción, de impresionante respeto. Clemente levantaba frecuentemente la cabeza mirando a los cielos en todas direcciones, husmeando el horizonte. Después dijo, que aunque no logró ver nada, oía unos misteriosos e inimitables coros de ángeles por encima de nosotros. Una vidente me dijo, durante el Vía-crucis, que el Señor venía con el grupo cargado con la cruz y hasta me señaló el lugar que ocupaba dentro de la comitiva de peregrinos. Debo confesar que procuré colocarme junto al sitio que me iba indicando. Así pensé que subía, como un simple aspirante a Cirineo, al lado de aquella cruz invisible a nuestros ojos, que trepaba por la senda montañosa de Cosío, arrastrada por los hombros de un Dios hecho Hombre, aunque oculto a nuestras miradas.

Al llegar al pueblo, la primera visita fue para la iglesia, que quedó abarrotada de público. Los cantos y los rezos fueron fervorosos y emocionantes. El vidente, nada más arrodillarse junto al altar,

cayó en éxtasis. El público no se alborotó, ni se subieron a los bancos, como suele ser normal en estos casos, manteniendo en todo momento una actitud ejemplar de silencio, respeto y devoción. Todas las voces se fundían en una oración común, recia y fervorosa, en rezos y cánticos que arrasaban los ojos de lágrimas.

Al salir de la iglesia una de las videntes venidas de fuera, distinta a la que durante el Vía-crucis tuvo la Visión de la presencia del Señor, me dijo: «La Virgen me ha dicho que Clemente debe de ir a Madrid». Pero no creí oportuno decir nada a nadie de momento.

Con orden, silencio y gran respeto, fueron saliendo todos los peregrinos y se dispersaron por el pueblo. Después de comer continuaríamos el programa proyectado: subir a aquellos Pinos, santificados tantas veces por la presencia de la Virgen, y rezar el rosario en la Capilla erigida a San Miguel.

LA JORNADA DE LA TARDE

Sobre las tres de la tarde se puso en marcha la comitiva hacia los Pinos. Clemente iba al frente, ascendiendo por la calleja. Al llegar al lugar señalado como escenario de la primera aparición, se arrodilló, besó la tierra y pronunció unas inspiradas palabras en las que le pedía a Dios no defraudara las esperanzas de aquel grupo de fervientes seguidores de la Madre; que para mayor gloria

de María hiciese realidad el mensaje recibido y así su presencia sirviera para dar testimonio de la verdad de Garabandal. «Esperamos las maravillas que nos has prometido para bien de nuestras almas y gloria de tu Madre». En aquel momento, Clemente, que no estaba en éxtasis, vio en el sol reproducida la Santa Faz del Señor, y levantando la mano dijo: «Mirad el sol». Y todos alzamos los ojos y pudimos ver un disco blanco, como de plata, que no hería la vista. Sin sentir el menor deslumbramiento ni la menor molestia el sol giraba y cambiaba de colores. Plácido Ruiloba, que pasaba junto a mí en aquel momento, gritó emocionado: «¡Yo no necesito más! ¡Con esto me basta! ¡Esto es definitivo! ¡Nunca había ocurrido aquí nada parecido!»

El fenómeno se dio, pero no lo vieron todos de la misma forma e incluso algunos no vieron nada. Y aquí viene el punto más delicado de explicar y sobre todo de entender por muchos. El cabo suelto que siempre deja el cielo para hacer posible el mérito de la fe. La puerta por donde el escéptico puede decir: «Se trató de un fenómeno de sugestión colectiva. Yo soy un hombre fuerte, difícil de sugestionar y puedo aseguraros que estuve allí y no vi nada». Afirmación perfectamente posible y cierta y, sin embargo, el prodigio se dio. La Virgen cumplió su palabra: «Haré maravillas el día que tú estés allí. Quiero volver a abrazar a aquellos hijos míos, pero sólo a los que han seguido fieles a la fe, y no a los que me negaron,

El fenómeno no fue para todos igual ni lo «vieron» los de fácil sensibilidad, resistiéndose a los fuertes y sanos. No. El fenómeno lo vieron hombres robustos, insugestionables, fuertes y equilibrados, que acudían de buena fe y pertenecían al grupo que la Madre calificó de «hijos fieles a la fe», y no lo vieron algunos —afortunadamente muy pocos— hombres o mujeres emotivos, de sensibilidad casi enfermiza, fáciles a la sugestión, pero que llegaban allí con el alma cargada de dudas, de escepticismo, de curiosidad. Y dentro de los que tuvieron la suerte de ver, hubo grados y diferencias. Muchos contemplaron el fenómeno del sol convertido en una luna de plata, sin deslumbramiento; otros lo vieron girar; otros presenciaron el giro y además el fenómeno de aumentar de tamaño y acercarse a la tierra; otros añadieron a la clara percepción de estos movimientos el cambio de colores hasta fijarse en un verde intenso. Un grupo, mejor preparado, o a quien el cielo, por lo que sea, quiso obsequiar con argumentos más contundentes, vieron el reflejo del cambio de colores en la Naturaleza, contemplando un paisaje coloreado e impresionante. Bastantes distinguieron claramente también la nube en el que la Virgen bajó a la tierra; y algunos, aparte del vidente, tuvieron la visión de la Señora...

El fenómeno y las maravillas se dieron, pero no fue para todos igual. Pienso que así como todos reciben la comunión y, sin embargo, los efectos en el alma son distintos; incluso en el pecador,

lemente, desde
la calleja, nide
el cielo el tes-
timonio prome-
tido: el triun-
fo de María en
Garabandal.



Durante el mi-
ragro del sol.
Un grupo de
peregrinos con-
templa el pro-
digio sin des-
lumbrarse.

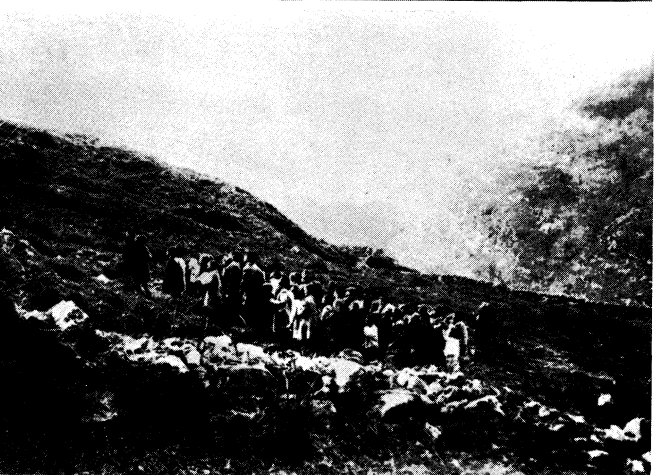


El sol sigue gi-
rando y cam-
biando de colo-
res. Clemente
pesa la piedra
donde se apa-
reció por pri-
mera vez el
Angel.





Desde la capilla de San Miguel siguea los movimientos del sol convertido en un disco de plata.



Ascendiendo hacia los pinos.



Clemente Domínguez habla con la visión en los pinos de Garabandal.

muchos teólogos afirman que la Forma se consume antes de llegar a la lengua del comulgante, mientras en algunas almas excepcionales, como Teresa Neuman, o el Padre Pío, permanece intacta 24 horas o más —coincidiendo el momento de la ausencia del Señor en la comunión de un día con la llegada de la comunión del día siguiente, convirtiéndose de esta forma sus cuerpos en una especie de sagra-rios vivientes en cuanto conservan la presencia continua de Cristo— así también el regalo de aquellas maravillas y de aquellas visiones tuvieron grados de distinta intensidad y efectos; grados que empezaban en cero y acabaron con la auténtica visión de la Virgen. Estos grados de visión es fácil que se den también en el cielo, donde no todos gozarán de los mismos privilegios.

Como prueba de que la Forma después de comulgar se conservaba en Teresa Neuman permanentemente, está el hecho de haberla devuelto en presencia de un pecador en cierta ocasión, después de varias horas de haber comulgado, apareciendo intacta y sin consumir.

Entonces, se preguntarán algunos: ¿sólo vieron los fenómenos los que iban preparados espiritualmente para ello? Y aunque no soy quién para enjuiciar estos hechos, debo dar mi opinión personal. No. Gente espiritualmente preparada y que asistía sin dudas ni recelos, tuvieron ocasión de presenciar el primer grado del fenómeno, el sol brillante sin deslumbrar, y sintieron la presencia del milagro sin ver más, porque habían renuncia-

do en el fondo de su conciencia a ver en favor de otros, o porque tenían pruebas tan contundentes y claras de la verdad de Garabandal y del Palmar, que no necesitaban nuevos argumentos, o porque Dios quiso someterlos a una prueba más. Otros, en cambio, en premio a méritos pasados y no presentes, necesitaban ver y la Virgen quiso que «vieran» aunque subían con poca fe. De estos conozco algún caso. Algunos, sin méritos personales, vieron, sin embargo, porque en ellos se acumulaban méritos que pudiéramos llamar heredados, el fruto de las oraciones de otras almas. Y aunque pecando de indiscreto éste es, a mi entender, el caso del gran poeta y extraordinario escritor Gerhard Becker, cuya historia relata él mismo en dos magníficos artículos que publicamos seguidamente. Becker se «colaba» en las oraciones de otras almas, que sin conocerlo rezaban por él todos los días en virtud a una extraña y especial inspiración del cielo. De la realidad de este hecho incomprensible puedo dar fe. Estas cosas ciertamente son difíciles de entender. Pero como decía una persona de mi absoluta confianza, «me presentaron a Becker en la Asamblea de Zaragoza. Hablé con él cinco minutos. Ignoro quién es ni a qué se dedica. Y sin embargo, a partir de ese día, cuando estoy dando gracias en la comunión, pidiendo por los míos, me viene a mi recuerdo su nombre sin recordar ya su físico ni ninguna otra circunstancia y tengo que acabar pidiendo por su conversión, pues sé que no vive en gracia».

Y este hombre, que ha sido centro de la oración involuntaria de varias personas, acude a Garabandal con el alma manchada, según él mismo confesó espontáneamente, y por el camino se arrepiente, se confiesa y contempla el milagro. Becker miró y vio el sol sin deslumbrarse, lo que nunca ha podido ni siquiera intentar hacer dada la extraordinaria sensibilidad de sus ojos, de tal naturaleza, que usa normalmente gafas negras durante todo el día.

Algunos no se dieron cuenta de la realidad del prodigio hasta que pasado el milagro pretendieron volver a mirar el sol, en aquel mismo día o al siguiente.

¿Explicación del fenómeno? Se trata de visiones intelectuales. El milagro del sol de Fátima no lo registró tampoco ningún observatorio astronómico, porque fue también una visión intelectual. Es, pues, un fenómeno subjetivo y, por ello, al no quedar concretado en un hecho externo y objetivo no todos lo ven con la misma intensidad. Si leemos la historia de Fátima nos encontraremos con un hecho que prueba la realidad de cuanto vengo afirmando: los tres videntes no alcanzaban el mismo grado de visión todos los días. Normalmente Lucía veía el resplandor, después a la Virgen y, por fin, hablaba con Ella y la escuchaba. Francisco y Jacinta veían a la Virgen, pero muchas veces no oían su voz ni podían dialogar con Ella. Francisco en varias ocasiones sólo pudo ver el relámpago que anunciaba su llegada y el res-

plandor que denunciaba su presencia. En el Palmar algunos videntes han logrado ver tan sólo la silueta de la Virgen o una parte del manto. Teresa Neuman tuvo apariciones de Santa Teresita en las que sólo veía sus manos; otras veces, en cambio, la contempló de cuerpo entero.

En el Palmar, un amigo mío de toda confianza, no vio el pasado 15 de noviembre el espectacular milagro del sol, después de formarse el arco iris completo alrededor del astro, pero vio, en cambio, una lluvia de perlas verdes, que bajaban hasta el suelo donde desaparecían.

En resumen: que se dieron maravillas, que estas mavarillas no fueron iguales para todos y que a los que la Virgen no quiso manifestarse por su escepticismo, falta de méritos o de preparación o deseo de someterlos a una prueba —que de lograr salvar merecerá una compensación mejor—, no vieron nada.

Sin embargo, creo que fueron pocos los que no sintieron, de una forma o de otra, la presencia y los efectos de algo extraordinario.

A que esto sucediera así influyó una circunstancia que no puedo pasar por alto y que la Señora anunció en los diferentes mensajes privados que se dieron aquella tarde. Yo puedo asegurar que me entrevisté con todos los videntes que conocía y que Dios quiso pasaran desapercibidos. Pues bien: todos me dijeron lo mismo. Lo expresaré con las palabras que me comunicó Clemente, con quien hice el viaje hasta Madrid. «La Señora me ha di-

cho que han venido muchos que no habían sido invitados por Ella y que esto le impedía manifestarse de otra forma.»

Con distintas palabras, pero respondiendo a la misma idea, este mensaje lo escuché por tres conductos distintos y de personas que entre ellas se desconocían.

LA PRESENCIA DE MUCHOS ESCEPTICOS QUE FUERON POR SIMPLE CURIOSIDAD

La llamada de la Señora era clara y no dejaba lugar a dudas: «Quiero dar una sorpresa a los que siguen fieles a mi aparición de Garabandal. Quiero volver a abrazar, aquellos hijos míos, *pero a los que han seguido firmes en la fe y no a los que me negaron*».

En el mensaje que tuvo Clemente para indicarle la Virgen que iniciara su viaje hacia Garabandal, el día 2, primer jueves de mes y fecha en que se cumplía la entronización en el Palmar, de la Santa Faz, le dijo textualmente: «Avisad a *algunos* de mis hijos que están interesados en ir...».

Sin embargo, la voz corrió más de lo debido. Muchos, con buena fe, para convertir a familiares y amigos, insistieron en invitar a personas que no habían sido llamadas. Yo también cometí un error que tuvo malas consecuencias. Cité en Santander al garabandalista más apasionado y entusiasta de aquellos hechos, pero me encontré con la sorpre-

sa de que su apasionamiento no era por la Virgen, sino por Garabandal y las videntes de Garabandal. No quería saber nada de ningún otro sitio ni persona. Zarandeado por el enemigo, llegó a romper el mensaje de la Señora. Aquel hombre, siempre sirviendo a sus apasionadas convicciones y, por consiguiente, de buenísima fe, dio la voz de alarma en el pueblo. Avisó a las videntes, que se encerraron en sus casas, convencidas de que la visita de Clemente era algo así como la visita del diablo. Una de ellas, que conservaba la llave de la capilla, no tuvo más remedio que dármela cuando se la reclamé a través de una amiga común, pero añadió disgustada: «Que no la quería más». Temía, sin duda, quedar «contaminada». Con este motivo, el pueblo, convenientemente preparado y confundido, siguió una vez más, reaccionando mal, ante las llamadas del cielo. ¿Merecía contemplar el milagro que, sin duda, la Virgen había preparado también para ellos?

Pero la Señora, humilde y caritativa, no se quejó. Se limitó a excusarse y decir: «Han venido muchos que no estaban invitados». Porque había realmente mucho «espía», mucho fisgoneo, muchas personas deseando, en el fondo, que allí, en aquel día, *no pasara nada*. Con este ambiente de preparación demasiadas maravillas se dieron gratuitamente.

LAS FOTOGRAFIAS DEL SOL

Tratándose, pues, de visiones intelectuales, yo no me atrevo a decir ni mucho menos que las fotografías del sol, impresionantes por su colorido y belleza, que ha conseguido en el Palmar de Troya el Sr. Vilalta de Barcelona, así como en Garabandal en dicho día, sean milagrosas. Sí considero, en cambio, una «casualidad» digna de estudiarse, que el sol se retrate y dé fotografías de diferente color en un rollo disparado en el intervalo de cinco minutos, y las fotografías, si no milagrosas, sean todas extraordinarias y dignas de ganar el primer premio de la exposición más exigente. Yo pensaba publicarlas en este folleto, pero al no estar convencido del origen milagroso de las mismas y dado el gran costo que representa la reproducción litográfica de tanta foto a color, me he limitado a llevar una de ellas a la portada, tomada durante el milagro del sol en el Palmar, y otra en la contraportada, tomada durante el mismo prodigio en Garabandal.

A mi entender existen argumentos a favor y en contra.

En primer lugar, tratándose de visiones intelectuales, no deben ser susceptibles de reproducción fotográfica que exige en principio una imagen objetiva. Claro que también puede darse el milagro de impresionarse, no lo que existe realmente, sino lo que uno ve. Pero en tal caso entiendo que

debe salir lo que las gentes, milagroamente, ven, y no imágenes distintas. Las fotos de referencia, que corresponden al prodigio solar del 15 de noviembre, no reflejan el arco iris completo que rodeó al sol, ni se ve éste definido ni coloreado. Por otra parte, ese pentágono que aparece en el cielo bien pudiera ser el reflejo del diatragma, que, sin duda, debe tener forma pentagonal. En tal caso las maravillosas fotografías podrían resultar consecuencia de estar hechas por una máquina deficiente —la más barata que existe hoy en el mercado— donde la misma deficiencia de la máquina admita la posibilidad de captar un efecto de luz inesperado. Pero frente a esta tesis —pretendo ser lo más realista y objetivo posible— existen otros argumentos a favor: ¿Por qué en fotografías disparadas seguidas salen clichés tan distintos y de coloración tan diferente? ¿Por qué salen fotos impresionantes y dignas de una exposición? ¿Por qué una máquina mala es capaz de retratar al sol en forma tan artística como atractivo? ¿Por qué al Sr. Vilalta, el primer día que manejaba una máquina, le salen estas reproducciones y al fotógrafo profesional del «Correo de Andalucía», con muchos años de experiencia, la primera noche que retrató a los videntes del Palmar, para el reportaje donde pretendía ridiculizarlos, no le salió ninguna, apareciendo todo el rollo velado?

Para mí todo es un misterio, pero también puede tratarse de una serie de casualidades en cadena que no me permite llegar a la conclusión de

que las fotos sean milagrosas tanto porque los fenómenos del sol responden a una visión intelectual, interna y subjetiva y, por lo tanto, irretratable en principio, como por el hecho de que la imagen reproducida no coincida tampoco exactamente, con el contenido de la citada visión intelectual.

El día que yo vi el milagro del sol en el Palmar —el 16 de septiembre último—, de ocho personas que nos encontrábamos allí, seis contemplaron perfectamente el prodigio y los cambios de color se produjeron a la vez en las retinas de todos, a juzgar por la unanimidad de nuestros comentarios. En cambio dos de ellas no pudieron mirar al sol por el deslumbramiento propio de la intensidad de la luz. ¿Puede la máquina captar el milagro también en grado y expresión diferente a lo que los demás contemplan? Para mí estas fotos no pueden considerarse milagrosas, pero sí son maravillosas e incomprensibles. En la duda las rechazo, y no publico, como pretendía, la colección completa de las mismas, que reconozco, sin embargo, son dignas de la exposición o el museo más exigente (1).

(1) Al corregir las pruebas de esta crónica, no tengo más remedio que hacer una aclaración que en cierto modo viene a desvirtuar cuanto he afirmado. Cuando yo redacté la citada crónica, pensaba que las fotografías del sol no podían calificarse como milagrosas, porque el sol era «retratable» y aquellas imágenes maravillosas que no coinciden con la visión intelectual de los testigos, podían tener alguna explicación técnica. Pensaba en esto cuando disparé mi máquina «Contaflex» frente al sol durante el

milagro de Garabandal. Esperaba que saldrían unas fotos impresionantes, como me salieron en el Palmar el día 16 de septiembre de 1969; como le salían a Jaime Vilalta con una máquina más deficiente. Pero aquellas fotos, por «impresionantes que resultaran de aspecto, nunca podrían considerarse fruto de un milagro», me iba diciendo por dentro. Y disparé mi máquina tres veces. Y recibí reveladas y perfectas todas las fotos del rollo, salvo aquellas del sol, que aparecían en su recuadro absolutamente blancas, sin una sombra. ¿Por qué? ¿Qué tenía que ver mi cambio interior de pensamiento, mi falta de fe sobre las fotografías del sol, para que éste, que en otras ocasiones se había dejado retratar por mí, aquel día no se dejara? ¿Dónde estaba el milagro? ¿En que salieran las fotos antes o en que dejaran de salir ahora, dentro de un rollo de reproducción perfecta en todos los demás fotogramas?

Las fotos que antes me salieron estaban hechas a las dos de la tarde, frente a un sol deslumbrante y sin nubes. Estas últimas fueron hechas una hora más tarde y frente a un cielo con algunas nubes y por consiguiente más fácil de reproducir. ¿Por qué fallaba la fotografía ahora, coincidiendo con mi pensamiento que daba por descontada la realidad de la reproducción, pero convencido de que se trataba de un fenómeno natural? Y quizás lo sea, en cuyo caso la excepción lo estuvo en mis dos últimas fotos, como manifestación de protesta del cielo por rechazar el posible prodigio que encerraban las reproducciones del Sr. Vilalta, quien por cierto disparó su deficiente máquina al mismo tiempo y logró reproducciones de excepcional calidad: otra vez con la doble imagen solar, los rayos en cruz y el pentágono o recuadro que parece trazado por extrañas letras.

¿Mis fotografías veladas fueron fruto de mi seguridad y mi autosuficiencia que daba por descontado que saldrían bien y que aquella perfección no encerraba en sí nada extraordinario?

No quiero con ello afirmar ni negar nada, sino apuntar una casualidad inexplicable más de las muchas que se están dando en la historia de estas apariciones del Palmar y Garabandal; o mejor dicho, no distingamos, dentro de este fenómeno universal de las apariciones marianas.

EL EXTASIS DE CLEMENTE EN LOS PINOS

Los grupos dispersos por la montaña seguían con los ojos clavados en el cielo y comentaban a voz en grito lo que estaban viendo cuando Clemente continuó su marcha ascendente hasta los Pinos, y al llegar a la piedra donde el Angel se apareció cayó en trance y de rodillas y extático subió por las rocas y piedras de la pendiente hasta la cima. Es incomprensible que no se rompiera los pantalones. Allí le rodeó el público, aplicaron el micrófono del magnetofón a su boca, de la que salía una voz muy débil. Un hermano de la Doctrina Cristiana, que se encontraba a su lado en aquel momento, fue traduciendo en voz alta el susurro de Clemente. La Virgen habló a través suyo y él también le dirigió unas palabras. Textualmente, el diálogo fue así: «Hijo mío, te traigo a este sagrado lugar para que des testimonio de mi aparición en Garabandal a cuatro hijas mías, las cuales *me negaron porque faltó la oración. Había mucho egoísmo y vanagloria personal y lo que Yo quiero es unidad, oración y penitencia.* Os quiero a todos bajo mi manto, sin que haya distinguos. Comprenderéis que si no hubieran ocurrido esas cosas Yo no me hubiera marchado. Si bierais cumplido todos según Yo os mandé, todavía estaría aquí, sin faltar un solo día, abrazando a todos mis queridos hijos. Pero en atención a los fieles en la fe en esta aparición, he que-

rido dar una oportunidad para volver de nuevo. Pedid mucho, para que mis hijas, las que me negaron, den testimonio de la verdad. Decidle a ellas que no rechacen ver a mi divino Hijo, que ha prometido venir a este sagrado lugar con frecuencia, condicionado siempre a que sean ellas las que se arrepientan de haberme negado.» Después dijo: «Hijo mío, accedo a tu deseo de ir a Madrid. Te daré una misión, aunque eres indigno de ella, pero debes saber que lo que hay que hacer es trabajar para que resplandezca la obra de Dios. No importan las personas. El escoge sus instrumentos, pero hay que cumplir las instrucciones que se reciben». El vidente exclamó: «Madre, aunque sé que merezco el Purgatorio, te ofrezco mi vida si sirve como testimonio de tu aparición en Garabandal y en el Palmar. Dispón de mi vida, que en estos momentos te la doy. Estoy dispuesto a pasar el Purgatorio». La Virgen respondió: «No, hijo. Yo tengo otras pruebas preparadas. Aún quiero que sigas en el mundo, no porque tú valgas nada. Ya te dije en el Palmar que eras la escoria de todos los videntes y te lo vuelvo a repetir ahora. Eres la escoria, pero Dios quiere valerse de ti. Acéptalo. Os bendigo a todos».

El mensaje de la Señora, que al hablar a través de un instrumento humano puede tener defectos de expresión, responde en el fondo a una oportunidad y realidad indudable. Las apariciones de Garabandal quedaron en nada por falta de oración y porque se dieron casos clarísimos de egoís-

mo y vanagloria personal. No quiero tocar este tema. Pero nosotros estropeamos a las videntes. Recuerdo aquellos días en que los seguidores nos pasábamos la noche ante la puerta cerrada de la casa de una de ellas, velando su sueño mientras dormía, en vez de dedicarnos a rezar en los Pinos o en la iglesia. Se confundió el caño con el manantial, o como he dicho en otra ocasión, la peana con la imagen. Los familiares de las videntes se declararon la guerra, por una mal disimulada envidia que arrancaba de este hecho ridículo: «Que si mi hija no puede tratarse con la tuya porque ha visto más veces a la Virgen...» Miseria humana. Yo hice en un día dos veces el viaje de Garabandal a Pamplona porque ciertos familiares no consentían que en el mismo coche viajara su hija con las demás. No hubo unidad, ni oración, ni penitencia. Dentro de las videntes se establecieron clases y los seguidores tomaron partidos por unas o por otras. Perdonad mi dureza al denunciar la verdad. Pero es, con palabras más caritativas y dulces, lo que en definitiva nos ha dicho la Virgen. Y lo que pretendo no es desacreditar a nadie sino demostrar, palpablemente, una vez más que la Virgen tenía razón. Por confirmar la verdad de su mensaje, está justificado que todos quedemos mal...

Al bajar de los Pinos, la multitud rezó un fervoroso rosario ante la Capilla de San Miguel, que abrió sus puertas aquel día. El fervor era unánime y sincero. Y después, poco a poco, fueron bajando

los grupos, desparramados por la montaña. Las maravillas más importantes, eran las que se guardaban ciertos testigos o protagonistas de los hechos en su corazón.

En la taberna de Ceferino me reuní con un grupo de peregrinos. Hablamos, comentamos, dialogamos, se organizó una especie de mitin improvisado. Una alegría interior nos inundaba por dentro y rebosaba por fuera, en risas, expresiones, cantos y alegría. La maravillosa voz de María Fernanda se elevó a los cielos en una plegaria cantada que era el clamor de su corazón a la Madre del cielo, que tan cerca había estado aquella tarde de nosotros.

Inicié con un amigo el descenso. Al doblar un recodo del camino descubrimos a un grupo detenido. Nos acercamos. En el centro, Clemente, de rodillas, estaba en éxtasis. Vio venir a la Virgen por el cielo desde los Pinos para llevarle la comunión. Y allí, arrodillado en el barro, rodeado de todos nosotros, le vimos abrir la boca y recibir místicamente el Cuerpo de Cristo. Aquello era la despedida. El broche de oro con el que el cielo cerraba una jornada inolvidable.

¡Si todo lo que pasó en las almas de muchos de los peregrinos pudiera conocerse y relatarse yo os aseguro que nadie dudaría de que se había cumplido la promesa de la Virgen: «Y haré maravillas en Garabandal el día que estés allí»!

Pero para el hombre desconfiado o la autoridad escéptica, no ha pasado nada. Casualidades

en cadena, como dijo el Obispo Puchol; una de tantas casualidades como lo que a él le costó la vida. Una casualidad más que aislada no tiene importancia: «un grupo de garabandalistas vivieron un fenómeno de sugestión colectiva», dirán sin el menor titubeo. Y de momento así pasará a la Historia. Porque esas casualidades en cadena cesen de una vez, todo se aclare y la verdad resplandezca, yo ruego a todos que se unan individualmente, o mejor juntos, en cenáculos de oración, para pedir al cielo que ilumine la mente y el corazón de quienes tienen que decir, humanamente, la última palabra. El cielo ya ha dicho bastante y no puede decir mucho más, porque a poco más que hable y nos haga ver, el mérito del hombre no será posible. Y la justicia de Dios exige poner a prueba nuestra fe, nuestra humildad y nuestra buena voluntad, esa buena voluntad que es imprescindible para que la verdad resplandezca.

**LA ESTIGMATIZACION
DE LUISA VILA**

El Martes Santo, 24 de marzo de 1970, se produjo en el Lentisco un hecho sorprendente a la vista de todo el público: la estigmatización fulminante de Luisa Vila, fenómeno que prueba la realidad de las visiones que allí se dan, pues ante este hecho, ni cabe simulación alguna —imposible, por otra parte, dada la solvencia moral y excepcional calidad humana de la vidente— ni por vía natural puede explicarse tampoco que una mujer diga que ve al Señor y como consecuencia de la visión que contempla queden súbitamente grabadas en su cuerpo unas heridas que no cicatrizan ni se curan y que han sido causadas por la aparición que contemplaba. Este fenómeno demuestra que su visión no era fruto de una alucinación ni imaginación interna, sino de un hecho auténtico, origen de efectos externos, reales y permanentes.

Transcribo del diario que lleva don José Murillo, abogado y secretario de uno de los Juzgados

de Sevilla, esposo de la interesada y persona de absoluto equilibrio y garantía, el relato donde da cuenta de lo acaecido. Textualmente dice así:

«Luisa, no puede escribir. He de hacerlo yo, y lo hago, al día siguiente de ocurrido el extraordinario suceso: 25 de marzo.

La fecha de ayer marca un hito memorable en las apariciones de Cristo en el Palmar de Troya. Su aparición o descenso a la tierra ha dejado una huella impresionante en mi esposa.

Deseo ser muy objetivo como narrador de estos hechos. Para ello, pido a Nuestro Señor y a su bendita Madre que me dé las luces necesarias a fin de que mi pluma no se deslice lo más mínimo ni se aparte un ápice de la verdad al relatar los fenómenos de que fui testigo presencial. Sería mi deseo ferviente que las personas que estuvieron presentes escribieran también sobre lo que presenciaron. No sé si lo harán. Yo sólo digo, que si estuviera ante la presencia de Dios y me pidiese el relato de lo sucedido, lo haría con las mismas palabras y con la misma sinceridad con que voy a hacerlo ahora, y desde luego sin escrúpulo alguno de conciencia.

Hace días que no íbamos al Palmar. Luisa tenía, sin embargo, grandes deseos de visitar este santo lugar. Pero la cosa se demoraba. El viaje, impensado para este día, quedó concertado al hablar con la hermana de un amigo a la que casualmente encontramos en los palcos del Ayun-

tamiento, con motivo de los desfiles procesionales, que presenciarnos el lunes.

Dada la dificultad del tránsito en estas fechas, quedamos citados al pie de la Torre del Oro. Allí recogimos en nuestro coche a don Oriol Serra, que fue la única persona que nos acompañó en el vehículo

En otro coche grande, acudió la señora de don Manuel Morejón Barrera y otras cinco señoras o señoritas más.

Salimos de Sevilla sobre las seis de la tarde. Oriol, Luisa y yo, íbamos alegres y tranquilos, bromeando a ratos. A las siete, aproximadamente, llegamos al Palmar y subimos al «Lentisco». Encontramos allí a varias personas que rezaban el Vía-crucis devotamente. Nos unimos a sus rezos y luego nos desplazamos un poco más hacia arriba y nos arrodillamos para rezar todos juntos el rosario.

Lo dirigí yo y recuerdo que al comenzar lo dije:

—Como estamos en Semana Santa contemplaremos los misterios de Dolor.

En el segundo misterio me di cuenta de que Luisa gozaba ya de la presencia del Señor. Continué las Avemarías hasta el final de este misterio e inicié el tercero, pero enseguida lo interrumpí y propuse rezar el Credo. Después rezamos varios Padrenuestros a la intención del Santo Padre, de la Iglesia, de nuestros sacerdotes y del Cardenal de Sevilla. Otros los dedicamos a las in-

tenciones particulares de los presentes y de todos los fieles.

Mientras rezaba no dejaba de mirar a Luisa, que movía sus labios sin pestañear. Su aspecto era serio. Reflejaba tristeza. No movía sus ojos ni parpadeaba. Poco a poco fue cambiando su expresión hasta manifestar un gran sufrimiento. Su cara era de un intenso dolor, pero no lloraba. Tenía los brazos elevados hacia delante y las manos extendidas. En la mano izquierda llevaba su cruz, y yo, que también estaba a su izquierda, puse en ella mi rosario. Entonces algunas de las mujeres presentes hicieron lo mismo con los suyos. Los rosarios resbalaron por su mano para quedar sobre la muñeca.

Me dijo Oriol que continuara el rosario. Lo reanudé. Pero estaba tan embebido observando a Luisa, que mientras rezaba las Avemarías del cuarto misterio, Oriol tuvo que interrumpirme para decir: ¡Van catorce! Sin darme cuenta, y distraído con la contemplación de Luisa, había rebasado el Gloria.

Terminé el rosario. Al final observé que Luisa se llevó ambas manos a la cabeza, en un gesto de gran dolor. Pero no dijo nada. Después volvió a su posición normal y, en un momento dado, súbitamente, vi que cerraba las manos en una contracción violenta, quedando éstas como agarrotadas, pero tampoco dijo nada. Solamente el gesto de su cara expresaba un terrible sufrimiento. De

sus ojos brotaron lágrimas. Con voz muy apagada le oí decir:

—¿Por qué, Jesús, por qué?

Añadió algo más que no pude percibir.

Al final del éxtasis quedó extenuada. Yo la sostuve con la ayuda de uno de los acompañantes. Entonces añadió:

—¡Mi cabeza...! ¡Qué dolor más tremendo...! ¡Y mis manos cómo me duelen...! ¡Qué dolor más terrible!

La sostuve sobre mi pecho y se repuso un poco después de llorar. Enseguida le miré las manos. Primero la derecha, después la izquierda. En la derecha vi un pinchazo que rezumaba sangre y una «aguilla» (empleo esta palabra por ser la que entonces se me vino a la mente). La herida se apreciaba claramente. No era muy honda. Me pareció observar que tenía los bordes hacia arriba. Era un pinchazo muy raro. No muy grande. Alrededor de él, aparecía la carne sonrosada.

El estigma de la mano izquierda tenía otro aspecto. Se veía una «ampollita», que apenas sobresalía, cuadrada, y en el borde de ésta como otro pinchazo más pequeño que el orificio de la derecha. La carne de la palma de la mano, alrededor de la herida, me pareció más enrojecida que en la derecha.

Luisa seguía quejándose de su dolor y sacudía sus manos y sus brazos. En algún momento los llevaba también hacia la cabeza diciendo:

—Me duele aquí.

Le miré la sien derecha, entre el pelo, y vi como dos o tres puntitos enrojecidos. Comprobé que sangraba y que las gotas brillaban. Pronto se le formó como un «bulto».

Todo esto fue mi primera impresión. El fenómeno ocurrió de 19'15 a 19'30, aproximadamente.

Repuesta un poco del sufrimiento, le pregunté, ante todos los testigos, qué es lo que había pasado, y me contó lo siguiente: «He visto al Señor. Primero vi un resplandor muy brillante y en medio de él a Cristo en persona. Me dio mucha pena, porque venía con una corona de espinas clavada en la cabeza, corona que no la había visto nunca y vestía túnica morada. Su rostro era de gran sufrimiento. Jesús lloraba, y en las manos se veían las señales de los clavos. Apareció entre el cielo y la tierra.

Yo le pedí perdón por todos y le dije muchas cosas que no recuerdo y entre ellas que me llevara cuanto antes con El. Me ofrecí con todas las fuerzas de mi alma. El Señor me habló y me dijo: *Es prudente el que escucha mi palabra y la pone por obra. Es necio el que la escucha y no la practica. No todos los que me llamen se salvarán. Tienen que hacer la voluntad de mi Padre.*

Después el Señor bajó cerca de mí y llevándose la mano a la corona de espinas, tomó una de ellas y acercándose me pinchó en la frente. Sentí un dolor tremendo y me llevé las manos a la cabeza. Luego me pinchó en la mano derecha y a

continuación en la izquierda. Las heridas me dolían mucho. Y entonces le pregunté:

—¿Por qué, Jesús, has hecho esto conmigo?

Me contestó: ESTE DOLOR TIENES QUE SUFRIRLO ALGUNA VEZ PARA SALVAR EL ALMA DE...

Antes de marcharse el Señor nos dio su bendición.»

A mí se me ocurrió de pronto decirle a alguno de los que me rodeaban, que ante este suceso tan extraordinario preguntase y anotase los nombres de los testigos presenciales. Y me consiguieron algunos nombres que transcribo en nota aparte (1).

Después de los comentarios propios de suceso tan trascendente decidimos rezar otro rosario, y alguien dijo de hacerlo delante de la cruz. Todos nos pusimos de rodillas y, cuando llegamos al segundo misterio, comprendí que Luisa se encontraba otra vez en trance. Pero esta vez no tenía cara

(1) Entre los testigos del suceso se encontraban: Don Juan José Marmolejo García, de Sanlúcar de Barrameda; don Manuel Casado Alcalá, con domicilio en Queipo de Llano, 15, Sevilla; don Manuel Delgado Morales (José M.^a Osborne, núm. 1); don Manuel Renla Durán (Sanlúcar de Barrameda), así como su mujer; don José Ramírez Delgado (Fray Isidoro de Sevilla, 6); don Juan Antonio Sánchez Rojo; don Oriol Serra Puyols; doña María Elena de Muñoz (Cerrajería, 5); doña María del Carmen Sales, Vda. de Amo; doña Rafaela Morejón de Alba; doña Rosario Morejón (calle Moratín); doña María Luisa Sala; doña Josefa Ortiz Sezán; doña María Teresa Mendaro, Vda. de Alba; doña Arsenia Llanos, etc. Posteriormente llegó don Antonio Muñoz Mena con su esposa, doña Josefina Aracho (calle de la Virgen de la Sierra, 1), etc.

de sufrimiento, sino de satisfacción y alegría. Al parecer no sentía entonces ni se acordaba para nada del terrible dolor sufrido hacía escasamente una hora.

Entre lo que mi esposa me ha contado y lo que yo presencié, sé que Nuestro Señor le dio la comunión. Yo vi perfectamente cómo abría su boca y sacaba la lengua, tragando algo. Su semblante, en aquellos momentos, era inefable.

Me dice Luisa que el Señor, después de ver su claridad en el cielo, bajó y se puso delante de la cruz. Se acercó hasta donde ella estaba y le puso sobre la lengua la Sagrada Forma.

De pronto observé que Luisa alargaba su mano y dejaba todos sus rosarios sobre mi mano izquierda (yo me encontraba a su derecha). Fue un movimiento raro e incomprensible para mí y no calculé qué era lo que pretendía con ello, ya que ni siquiera me miró. Luego tomó mi mano y me la levantó un poco. Repito, que todo esto lo hizo sin mirarme, ya que su vista la tenía clavada hacia delante.

Posteriormente me contó que el Señor, puso su mano sobre los rosarios que yo estaba sosteniendo. No noté sensación física alguna, pero sí algo grande me conmovió por dentro, llenándome de intensa congoja, que creció sin duda en el momento aquel en que acercó su mano hasta mi cabeza. Lo mismo hizo con don Oriol Serra.

Antes de dar la comunión a mi esposa, el

Señor pronunció estas palabras: «AMOR. AMOR, AMOR...».

Me contó Luisa que Cristo después retrocedió y se acercó más hacia el lugar donde estaba la cruz. Yo vi cómo mi esposa se adelantó, de rodillas, e inclinándose hacia el suelo dio un beso en el aire. Después me contó que había besado los pies del Señor, mientras Este tocaba con sus manos su cabeza.

Antes de desaparecer volvió a darnos su bendición.

Impresionados volvimos a Sevilla. Por el camino pensé que debíamos ir a casa del Dr. D. Rafael Caballero para que examinase las heridas, recién abiertas, de Luisa.

El Dr. Caballero Barrios, y Consuelo, su mujer, se extrañaron en principio al vernos. Yo era la segunda vez que les visitaba, y Luisa, la primera. Les explicamos lo que había pasado en el Lentisco, y Rafael, como médico, pidió a su hijo que bajara al despacho para recoger una ficha médica y diversos aparatos con los que sometió a Luisa a un minucioso reconocimiento, un reconocimiento que podemos calificar de exhaustivo. Todo lo anotó, y no contento con esto procedió a sacar una larga serie de fotografías. Tomó medidas y características de los estigmas. Observó con lupa las llagas. Volvió a analizarlas una y otra vez. Escribió largas anotaciones en su ficha médica. En su día dará su diagnóstico

Allí estuvimos desde las 23'30 horas hasta cerca de las dos de la mañana.

Volvimos a casa y nos acostamos

Al día siguiente, el Dr. Caballero nos visitó para sacar nuevas fotografías. Por la mañana habíamos estado en la clínica del «18 de Julio», donde hicieron dos radiografías de la cabeza de Luisa.

De mi esposa sólo sé decir que me maravilla su tranquilidad y su alegría a pesar del dolor que siente. La llaga le impide, de momento, escribir. Por eso ha interrumpido su diario y éste es el motivo que justifica el haber escrito yo el presente relato.»

LA NOTICIA EN LA PRENSA

La Agencia Cifra dio cuenta en toda la prensa nacional del suceso, bajo el titular de «Supuesta estigmatización en Utrera». La noticia venía redactada en los siguientes términos: «Tengo estas llagas desde el Martes Santo. Las manos me duelen, pero hasta ahora nadie ha sabido encontrar una explicación a estas heridas simétricas que no sangran», ha manifestado doña María Luisa Vila, a quien hemos querido interrogar sobre la noticia que hasta nosotros había llegado, procedente de Utrera, en esta provincia, acerca de las dos llagas o estigmas que le han aparecido en sus manos.

Al principio, la señora Vila se muestra reacia a hablar. Luego accede. Doña María Luisa, mujer de unos 45 años, natural de Alicante, vecindada en Sevilla desde hace mucho tiempo y, por demás, persona normal, nos muestra sus manos. Efectivamente, podemos apreciar en ellas dos heridas. Son como dos pequeños orificios de

medio centímetro de anchura y otro tanto de profundidad.

—¿Cómo le aparecieron?

—Verá. Fue el Martes Santo. Me encontraba en el «Palmar de Troya» y estábamos rezando el rosario cuando, de repente, comencé a ver un resplandor muy grande en el cielo, y después al Señor, con túnica morada y una corona de espinas. Yo nunca le había visto así. Me dijo algunas cosas mientras permanecía a cierta altura, y después bajó hasta la tierra y se me acercó. Entonces, quitando una espina de su corona, me clavó con ella en la frente y en las manos. Yo sentí un dolor profundo y ahora...

Las dos llagas, por ahora, no parecen hallarse en proceso de cicatrización. Varios médicos las han examinado ya, sin que hasta el momento ninguno de ellos haya presentado dictamen al respecto.

La Sra. Vila es una de las personas que afirman haber tenido visiones en el «Palmar de Troya». Desde el 30 de marzo de 1968 —hoy se cumplen dos años exactamente— en que «una Señora con aspecto celestial» se apareciera a tres niñas del poblado cercano a Utrera...

—¿Qué aspecto tiene la Señora en esa visión de que habla?

—Es muy difícil de explicar. Representa unos veinte años, tiene el pelo negro, unos ojos que miran muy dulcemente, negros también; tiene la boca pequeña y la nariz un poco recta; se parece a una mujer hebrea. Su dulzura, su semblante, no se puede explicar y es imposible describirla; sencillamente es la Madre más bonita que jamás pudimos soñar; va vestida de marrón, pero le cubre un manto color barquillo, y sobre su brazo izquierdo lleva un Niño rubio y precioso.

Muchas han sido las ocasiones en que varias personas han afirmado haber tenido apariciones sobrenaturales en el Palmar de Troya. Según parece, se acerca ya al centenar el número de supuestas videntes. Doña María Lui-

sa Vila nos dice que ella ha tenido la aparición más de cincuenta veces, y que ha recibido mensajes del Señor y de la Virgen. Todos ellos, añade, los ha trasladado a la Jerarquía eclesiástica. Su contenido lo mantiene en secreto. Dice también que el Viernes Santo fue otra vez al «Palmar» —acude allí varias veces por semana— y en esta ocasión fue testigo de «tremendas escenas de la Pasión de Cristo», en las que, agrega, participó. «En estas cuestiones —asegura— yo no debo opinar. No tengo preparación para ello. Sólo le diré que acepto y acato plenamente el criterio de la Iglesia para el día que se pronuncie».

Podemos adelantar que los médicos han dado informes favorables a la estigmatización de Luisa Vila. La ciencia se muestra incapaz de diagnosticar ni curar tales heridas, cuya profundidad aumenta conforme el tiempo pasa, y que según le dijo el Señor permanecerían hasta el día de su muerte, *señalada para fecha próxima*. El día del tránsito se lo comunicó el cielo a la interesada, quien no muestra ante este anuncio el menor temor, sino, por el contrario, una alegría y una impaciencia inconcebible. Luisa Vila ha encerrado en un sobre cerrado y firmado por varios testigos, una carta manuscrita donde fija con absoluta exactitud el momento de su muerte, y a través de tercera persona se ha enviado también a un Notario copia de la misma. Si como todos esperamos el anuncio se cumple, el cielo habrá dado a la tierra una prueba más sobre la realidad de las apariciones y sobre su origen sobrenatural, pues la fecha de la muerte de las personas es un

misterio que sólo puede conocer Dios. Con ello se desbaratará la tesis que considera las apariciones del Palmar, como apariciones reales, pero de procedencia diabólica.

LA ESTIGMATIZACION DE CLEMENTE DOMINGUEZ

Por orden de la Virgen estuvo Clemente Domínguez en Garabandal, según relatamos en nuestra crónica de viaje, y de allí fue a Madrid, donde también vivió maravillas. Misteriosamente fue llamado por el cielo y regresó a Sevilla en el avión del martes, día 7. No estoy autorizado a contar las circunstancias que justificaron su espectacular e inesperado regreso. Me limitaré a decir que en la noche del domingo 12 de abril al lunes, día 13, dormía en el cuarto que ocupa en la vivienda propiedad de doña Victoria Garrido (Beatriz de Suavia, 69, 1.º izqda.) cuando fue estigmatizado.

Esta señora tiene en su casa a dos pensionistas: Clemente Domínguez y don Domingo Román, este último maestro en el grupo escolar «San Isidoro», sito en la calle Mesón del Moro. Ambos duermen en la misma habitación.

Sobre las tres o tres y cuarto de la madrugada, Clemente ~~Rodríguez~~ fue despertado por el Padre Pío, quien llevaba en la mano izquierda un crucifijo de unos 40 centímetros de largo y en la

derecha una especie de punzón. Tomando sus manos, clavó el punzón en ellas, primero en la izquierda y después en la derecha. Clemente dio grandes gritos, despertando a todos los vecinos de la casa.

«Estas llagas —le dijo el capuchino— las tendrás por breve tiempo; ofrece su dolor por el santo Padre». El Padre Pío estuvo junto a él unos minutos, lo bendijo y desapareció.

A los gritos acudió la dueña de la casa y su sorprendido compañero de habitación. El vecino de la planta baja también fue despertado. Domingo Román, al ver a Clemente como fuera de sí, hizo lo posible por hacerle reaccionar. Al cabo de un rato vieron cómo se incorporaba en la cama, mareado y dolorido. Entonces ambos se horrorizaron al ver que Clemente tenía las manos atravesadas y llenas de sangre.

Lo llevaron al comedor e intentaron limpiar sus llagas con alcohol, lo que aumentó su escozor y sus sufrimientos. Entonces se las refrescaron con agua fría.

D. Domingo Ramón exclamó: «Evidentemente, en el Palmar hay algo más que fantasía».

Después volvieron a acostarse, pero poseídos de respetuoso temor dejaron encendidas todas las luces de la casa. Clemente no pudo cerrar los ojos a causa del dolor y de la profunda emoción que embargaba su espíritu.

El relato de este suceso fue firmado por los testigos presenciales del mismo.

OTRAS ESTIGMATIZACIONES

En estos días se dio la estigmatización del señor Garzón, presidente de la Adoración Nocturna de Utrera, quien ha recibido las cinco llagas, quedando estigmatizado en manos, pies y costado. Las llagas del señor Garzón atraviesan las manos y los pies de parte a parte.

Se trata de un señor de unos sesenta años, casado y con un hijo

Sobre cómo ocurrió el suceso no tenemos noticias todavía, pues el interesado es hombre de gran discreción que considera estos misterios para uno solo y huye de las gentes y de la curiosidad humana.

Parece ser que también durante estos días de Semana Santa, María Marín recibió la corona de espinas. Trataremos este asunto en otro libro, cuando tengamos informes fidedignos sobre el particular.

NOTICIAS DE ULTIMA HORA

Clemente Domínguez tuvo visión el 15 de abril de 1970. En ella recibió el siguiente mensaje:

«Vengo como Madre de Jesús y vuestra para manifestaros mi gran deseo de que el próximo día 15 de mayo acudan a este sagrado lugar muchos enfermos. Que todos traigan una botella de agua.

Bendeciré a los enfermos, así como el agua, para posteriores prodigios. Pero os pido a todos vosotros que procuréis oír diariamente la santa Misa, oración principal de los fieles católicos; que recibáis a mi divino Hijo en la Eucaristía; que vayáis todos los días a visitarle; que hagáis el Vía-crucis y recéis el santo rosario de Padrenuestros.

La primera parte, el oír misa y recibir la Eucaristía se la pido a todos, y la otra parte, unida con la santa Misa y la comunión a los que crean en mis apariciones en este sagrado lugar.

NO OS PROMETO NADA PARA EL PROXIMO DIA 15, YA QUE EL QUE OCURRAN GRANDES PRODIGIOS ESTA EN VUESTRAS MANOS.

Os pido que no busquéis la curación corporal, sino la espiritual, lo demás es secundario.

Hijos míos: Quiero que este mensaje sea difundido por todos los rincones de España; principalmente hay que entregárselo a los enfermos. A ellos les pido mucha fe y que ofrezcan su sufrimiento por el Santo Padre, por la Iglesia, por la conversión de Rusia, por la conversión de los pecadores. Que tengan resignación y acepten la voluntad del Padre celestial.

Os repito a todos vosotros: **NO OS PROMETO NADA. VOSOTROS LO HAREIS CON LA ORACION Y EL SACRIFICIO. ESPERO QUE TENGAIS MUCHA FE PARA QUE VUESTRO PADRE CELESTIAL OS ESCUCHE.** Os recuerdo que tenéis muy olvidado a mi divino Hijo. A todos los

que venís aquí os pido que desde mañana lo visitéis con más frecuencia en la Eucaristía.

El próximo día siete traeréis gran cantidad de escapularios para bendecir, los cuales serán repartidos después entre los enfermos. Así estarán preparados para el día 15.

Os bendigo a todos.»

En los mensajes del cielo suelen darse interferencias del enemigo. El que acabamos de transcribir entraña una grave responsabilidad. Se convoca a los enfermos y se pide llevar agua para posteriores prodigios. El mensaje en sí parece que encierra una promesa de milagro, de curaciones. Pero a continuación añade: «No os prometo nada para el próximo día 15, ya que está en vuestras manos el que ocurran grandes prodigios».

Se trata, pues, de una promesa celestial, pero condicionada al comportamiento humano. Para que el cielo se manifieste hace falta siempre la colaboración del hombre y, sobre todo, el espíritu de fe, de confianza, de oración. Si la convocatoria se generaliza y se ensancha, ¿existe alguna posibilidad de que la colaboración humana pueda responder? La respuesta es clara: No. Imposible que una convocatoria generalizada y extendida sea compatible con ese espíritu de colaboración y de fe que el cielo necesita para actuar. Luego, como decía la Virgen en una revelación privada: «El Palmar es un globo que el aire de los hombres puede hinchar o deshincharse y quedar pinchado

para siempre.» Tal como el asunto se ha planteado, yo votaría por el aparente fracaso del cielo, que en sí será un fracaso humano consecuencia de nuestro torpe proceder.

No soy quien para enjuiciar un mensaje celestial, pero si lo fuera diría que en la revelación de Clemente, que en principio la consideró auténtica, existe una interferencia del enemigo y la cuña diabólica, a mi entender, viene representada por esta frase: «Quiero que este mensaje sea difundido por todos los rincones de España, especialmente entre los enfermos». Esta cuña, hablando en términos sobrenaturales, es capaz de cargarse toda la efectividad de la convocatoria, aunque ésta sea, como en principio creo sinceramente, obra de Dios.

Esa frase es el pincho que desinflará el globo; que imposibilitará la actuación del cielo: la concurrencia en masa de las multitudes, en frívola deportividad, sin espíritu alguno de fe y de sacrificio, para ver qué pasa y para presenciar, alegremente, el espectáculo ofrecido por la Virgen como si se tratara de un espectáculo circense. Con esta preparación, con esta ausencia de colaboración humana, es imposible que el cielo se manifieste y la cita de María, lógicamente, debe convertirse, ante la forma de actuación sobrenatural, en una sacrílega carnavalada.

Quizás los que no vayan en esta disposición de ánimo logren ver o experimentar algo, ¿pero qué valor puede tener su testimonio frente a las

manifestaciones de los escépticos, de los hombres fuertes, de los sabios y prudentes? Ninguno. Se considerarán casos aislados, fruto de un fenómeno de sugestión colectiva y la oportunidad ofrecida por el cielo se perderá una vez más.

Lamento ser pesimista, pero dado el contenido del mensaje y los preparativos que he observado, el próximo día 15 puede ser un día triste en el Palmar de Troya.

Por que no sea así pido al cielo desde este momento de todo corazón e invito a todos los que en las apariciones tengan fe, que apoyen con su sacrificio y sus oraciones el peso de la balanza, para lograr contrarrestar el espíritu nefasto, frente a las cosas de Dios, de los escépticos, de los «sabios» y prudentes, de los hombres racionalistas, de los que necesitan ver para creer, de cuantos piensan acudir con aire de suficiencia e irrogarse una autoridad que no tienen, dispuestos a juzgar y sentenciar...

¡Que el cielo se haga el distraído y en un alarde de generosidad, decida salvar a los pecadores en atención al pequeño grupo de los humildes y sencillos...! Así lo deseo y espero de todo corazón.

HISTORIA DE UN CONVERSO

En mayo del año 1969, un escritor de acusada personalidad y brillante pluma nos envió un artículo titulado «La sonrisa de Garabandal». Aunque el artículo nos impresionó y lo consideramos de interés para nuestros lectores, no tuvimos ocasión de publicarlo. Hoy, con fecha 10 de abril, recibimos uno nuevo donde Gerhard Becker nos cuenta, en forma sincera y apasionante, el relato de sus experiencias en Garabandal con motivo de la visita a la aldea santanderina del embajador especial enviado desde el Palmar de Troya por la Virgen: el vidente Clemente Domínguez.

La publicación de ambos artículos, conjuntamente, encierra un curioso contraste del que se desprende su gran interés. En ellos se resumen la realidad de una conversión. La conversión espectacular de un hombre de gran sensibilidad, de grandes inquietudes espirituales, que logró misteriosamente pasar de las tinieblas a la luz a la sombra o reflejo del esplendor que proyectaba la Virgen.

Para la historia de Garabandal, el relato espontáneo, vibrante y sincero de Gerhard Becker, a quien la Madre viene persiguiendo desde hace tiempo y en cuya vida se han dado circunstancias de «predestinado», reviste especial interés. Después de leer su artículo «Fe y realidad» nos atrevemos a decir que un nuevo pecador ha caído en

las redes de María; que la Virgen de Garabandal cuenta con una nueva alma para su «colección».

Becker es un poeta de sangre alemana y vivencias meridionales. Su infancia transcurrió en Baviera; su adolescencia en Vasconia. Tuvo una juventud nómada. Es casado y con dos hijos. Actualmente vive en San Sebastián. De él se dice que: «Ha viajado con los gitanos. Ha dormido en las chabolas proletarias. Ha trabajado en las brigadas de carreteras. Ha pescado esperanza con marineros hambrientos. Ha vivido la realidad social».

Becker acaba de publicar un libro que mereció los mejores elogios de los críticos literarios. Se titula: «ICH». Becker ha bajado del plano burgués en que vivía hasta el mundo de los sencillos, de los humildes, de los desposeídos de todo. Y allí, contagiado con la humildad de los necesitados, ha vivido la inquietud que le llevó hasta Dios. Gerhard Becker, a quien los críticos llaman el «poeta social», está llamado a convertirse por influjo de esas mismas inquietudes sociales y de esos misteriosos designios de la gracia, en el jular de la Virgen, en el «poeta de María». Y Gerhard Becker, que en su primer viaje encontró en Garabandal la sonrisa, ha acabado, en este último, por encontrar a Dios.

LA SONRISA DE GARABANDAL

Por G. L. BECKER

Cierto es que nadie llama al misterio; es más, hasta diría que el mundo actual con su mente de forzada sinceridad en la que generalmente hay encubierta una desagradable y muy precisa hipocresía, pretende huir de lo abstracto para refugiarse en los hechos positivos, razonados, concluyentes, probados y, friamente lógicos. No obstante, en un contraste que nadie opone, este mismo mundo, esta mentalidad progresiva se vuelca en afanes descubridores, en ansias de nuevas formas, nuevas leyes, nuevas doctrinas —hasta existe el gozo de la destrucción de teorías pretéritas que, sin embargo, dieron paso a las modernas—, se vuelca también en una exuberante progresión científica, en exhaustivos estudios sobre quiméricos planes; un mundo que va dejando de amar a Dios para limitarse a la crueldad de razonarlo, elevando así complicados armatostes intelectuales y alcanzando sorprendentes descubrimientos técnicos. Y es así cómo, amparados por la tangibilidad de los hechos, la gran mayoría, conformes o disconformes, admiten y aceptan, no obstante, la nueva potencia del ser: su autocreación. Y con un revuelo de rumores, conversaciones y publicaciones; así mismo, con una grandiosa difusión de sus logros por todos los medios de comunicación, el mundo

sacia su hambre de grandeza y de poderío. Pero, ¿qué queda después?; sólo la tranquila y confiada, muerta rutina, en la espera de un nuevo descubrimiento, de un nuevo ingenio, de una nueva idea, de un nuevo destruir. El mundo ya no se maravilla por nada; da por hecho cualquier novedad. Nuestro estupor se convierte en vulgar encogimiento de hombros. Aceptamos lo bueno y parodiamos hábilmente lo malo en el prójimo.

Tampoco fui yo llamado al misterio, pero me acerqué a él.

En 1967, septiembre, un dieciocho —creo recordar—, subí a una aldea perdida entre la montaña de Santander, a la que se llegaba a través de un pedregal que a manera de abrupto camino ascendía durante unos seis kilómetros hasta alcanzar las primeras casas. El lugar: San Sebastián de Garabandal.

Antes, en 1961, residiendo yo en Madrid, espanté con mis risas, mi indiferencia, mi desprecio, e incluso con mis insultos, a quienes aparentemente emocionados y poseídos por un extraño fuego de creencias sobrenaturales, habían venido a relatarme sorprendentes apariciones celestiales ocurridas en aquella aldea. Me chanceé, sin ningún temor, de aquellas historias de milagros, de niñas videntes, de éxtasis y visiones. En un mundo atomizado, dentro yo de mis propias preocupaciones materiales y espirituales, todo lo que estas almas sencillas y crédulas pretendían comunicarme como sucesos verídicos, no significaba más que una

original manera de pedir un poco de progreso para aquella aldea; una petición que yo atribuí a un perfecto trucaje con el aprovechamiento de algunas gentes a fin de llamar la atención a los organismos oficiales responsables del desarrollo económico nacional, atención que fijara su interés en esa aldea que, en plena mitad del siglo xx, seguía siendo una pobre choza donde radicaba el primitivismo más arcaico. Lo admito, me reí de los que creyeron y pronto sofoqué mi burla en el olvido, y San Sebastián de Garabandal desapareció del mapa de mis pensamientos.

Hasta aquí la actitud normal de mi entender y del de muchos entre los que incluyo a aquellos del espíritu selecto, al intelectual, al trotador de monedas y al infeliz que piensa que la conciencia y el alma son artículos de lujo que no encajan en la austeridad de las normas humanas, tan envilecidas.

Han pasado ocho años desde aquel 1961. Y he de explicarme un poco. Soy un escritor desconocido, varias veces rechazado, metido entre dos generaciones, que después de veinte años de entusiasmo literario, no ha conseguido aún publicar nada. Cierto que mis libros, en los que laten siempre las inquietudes de un alma, las dudas, los porqués, la rebelión, la incógnita; en los que, como una íntima confesión, se plasma con toda sinceridad el tormento y el horrible sufrimiento del no creer en nada y que, sin embargo, de una forma obstinada, se pretende por mil caminos, en los que

no se sortea la Razón, la Teología ni la Filosofía, caminos disparatados o sinceros, llegar a Dios; estos libros —ahí están, guardados en el cariño de mis ilusiones y en el real olvido de un cajón, «Tasio», «El Mendigo», «Kativa», «Las Costumbres del Alma», etc.— han sido el bastón de mis esperanzas. Con ellos he vivido veinte años de inquietudes. El libro nace con el escritor y éste sólo ha de saber esperar a descubrirlo en medio de una calle, en la noche agitada, en el soñoliento amanecer, en la hora del trabajo, dentro de una iglesia... tal vez a la que se ha acudido por rutina fe.

Nada hice por apartarme de mi línea; continué con mi vida, llena de sobresaltos espirituales, de amargas precisiones, al borde y en el abismo también de la angustia, de la saciedad; rogando y maldiciendo, amando y odiando. Aquel septiembre de 1967 sentí, ¿cómo diría yo?: ¿Un impulso?, ¿un grito?, ¿una llamada?, ¿un despertar de la conciencia? Sólo sé que en la madrugada del diecisiete me dirigí a la aldea de Garabandal. Al llegar, después de subir a pie el terrible camino bajo una pertinaz lluvia, vi solamente un hacinado grupo de pobres casas, donde el barro y las piedras perfilaban callejas y hogares. También vi a Mary Loli, y a Jacinta, y entonces comencé a vislumbrar lo que, desde entonces, para mí ha sido la SONRISA. Estuve en los Pinos, maravilloso oasis de sombra cuando el sol del mundo aprieta, ventana del intenso y grandioso paisaje de la Mon-

taña. Y allí, sin razón aparente, yo el nervioso, el inquieto, me quedé traspuesto por el sueño y la tranquilidad, ajeno a la lluvia, al viento o a las gentes; allí, bajo aquel Pino donde me dijeron que la Virgen se había aparecido a las niñas de Garabandal.

Y después vi esto y lo otro —cosas normales— y todo el pueblo y todos los lugares. Nada de particular, yo lo afirmo, sí. Pero ya no quería marcharme de allí. Yendo de una casa a un camino, de una piedra a un árbol, de un peregrino a mis propios pensamientos, no sentía hambre ni sed; sólo paz y felicidad y, sobre todo, la SONRISA, materializada en los ojos de aquellas niñas, ya mozas, que me taladraron el alma. Cuando abandoné la aldea, de nuevo bajo la lluvia, de nuevo camino árido abajo, yo no había cambiado. Pero poco después comencé, con una avidez rara en mí, a leer y a documentarme. Fueron los libros de Sánchez Ventura, periódicos nacionales, la revista religiosa francesa «L'Impartial»; luego, palabras, cartas, comentarios. Seguía sin tener fe, sin admitir a Dios dentro de mí. Sin embargo, creía ya en Garabandal. ¿En qué?; no sé, pero ¡CREIA YA EN GARABANDAL!

Desde entonces han pasado otros dos años. La vorágine de los negocios, del mundo, de las pasiones; la incesante llamada de mis libros esperando ser paridos por mi inspiración; todo, me hizo olvidar aquel día de septiembre, aquella aldea, aquella SONRISA.

Hace pocos días, el pasado 15 de mayo, estuve de nuevo en Garabandal. Una vez más había sentido esa sensación que le hace a uno desprenderse de las cosas terrenales, con una fuerza de la que yo mismo quise reirme, sin conseguirlo. En ella escuché la llamada de Garabandal.

También llegué de madrugada, al tañir de la primera campanada del día de la Ascensión, amparado por una noche estrellada y en calma con la naturaleza siempre revuelta en este norte verde. Verifiqué que el camino pedregoso y bacheado de la subida a la aldea seguía siendo tan duro y horrible como antaño. Pero subiendo, esta vez en coche, dando tumbos, evitando malamente pedruscos y baches, ramas y barro, sentía una emoción tan intensa que yo mismo dudaba de mi cordura, de mi fría capacidad de razonador y de admitidor de la lógica. Sólo que, miraba hacia adelante y me decía: «Arriba, arriba; allí es y allí voy».

A tan temprana hora no había nadie despierto. Pero la despreocupación material le invade a uno enseguida; no importa carecer de alojamiento, de comodidad alguna. Se ha llegado y es suficiente. Creo que a la gran mayoría le ha sucedido así. Sin embargo, un joven francés, De la Boisiere, a quien nombro porque supo ser conciencia mía, surgió de entre una de las callejas, con su linterna; y sin más formulismos, sin presentación alguna, con la sola educación de la inmediata confianza mutua, unió mi entusiasmo al suyo para subir hasta los Pinos. Y allí pasé cinco horas de paz y

de conversación; de confesión y de entusiasmo espiritual, allí, con aquel desconocido, casi a obscuras. Después, al quedar solo, volví a dormirme, como hacía dos años, en plena soledad, bajo aquellos Pinos, hasta que el sol me despertó. Volví, una y otra vez, a mirar el lugar; carecía de entusiasmo creyente, pero fui feliz recorriendo todos los caminos, pisando las piedras y hablando con los peregrinos. Guardo un recuerdo maravilloso de la familia de Zorrilla; conocí a Gay Doménech, y a éste y a aquél. Recuerdo ahora que volvía constantemente la mirada hacia los Pinos desde el rincón cualquiera donde me encontrara, y seguía sin sentir nada. A mediodía oí Misa bajo los mismos árboles en donde el Padre Luis tuviera un éxtasis y en donde, en dos años diferentes, me traspusiera en dulce sueño. El celebrante era un sacerdote canadiense. Yo seguía sin sentir nada, pero besé la piedra marcada por esa cruz pintada en rojo en donde se apareció el Arcángel San Miguel por primera vez a las niñas, estando éstas jugando a escamotear unas manzanas del florido manzano que vi esta primavera.

Nada vi, nada sobrenatural; ningún éxtasis, ninguna revelación de las videntes. Pero en mí se obraba ya la penetrante llamada de la Verdad de Garabandal. Durante la Misa sentí el deseo de interrumpirla para pedir la confesión. Fui cobarde o soberbio y no lo hice.

Una hora después conocí a Conchita. Nunca había estado con ella. Y entonces me encontré de

nuevo con la SONRISA. ¿Y qué puedo decir? Uno se siente ínfimo, pero se aferra a la esperanza que brota de un adentro inmaculado y mensajero de esos ojos. Pocas fueron las palabras; sus ojos lo decían todo y uno, sin esfuerzo, acierta a comprender que hay VERDAD; que todo es cierto.

Yo creo en Garabandal. Yo, el poeta muerto, el poeta de la desesperación y de la locura; el pensador que buscaba a Dios para insultarlo o para razonarlo. Yo, el hombre, mezclado en los negocios, en el dinero, en el porvenir material; yo, el indiferente, el solitario, el soberbio, el vanidoso. Yo, yo creo en Garabandal y creeré con todas las fuerzas de mi alma, sin dobleces intelectuales, luchando en pacífica convicción contra todo y todos los que me critiquen, se mofen o se rían. Pues he llegado a la conclusión de la sencillez de Dios. Yo he visto en Garabandal su SONRISA. Por eso creo en todo lo acaecido, y ahora espero los acontecimientos de por venir, con la certidumbre de su inmediata proximidad

También he descubierto, por fin, el camino abierto de mis ansias, de mis inquietudes, de mis temores y tormentos, por los que he deambulado, amargado y violento, cerrado y obstuso, durante veinte años. Hoy, a mis treinta y siete, sigo siendo un No-testigo de hechos sobrenaturales, pero ya creo. Solamente creo porque he visto en Garabandal una SONRISA: la de Dios.

Estas son mis sinceras impresiones y mi apasionada confesión.

San Sebastián de Guipúzcoa
GL BECKER

Al año aproximadamente de este artículo, Bécker nos envía uno nuevo. En él no se presenta ya como un NO-testigo de hechos sobrenaturales. Observamos el contraste y el cambio de donde arranca su conversión.

EDITORIAL CIRCULO

FE Y REALIDAD

Yo, un pecador, escéptico, anulada mi inocencia por el torbellino de mis pasiones, por el intenso discurrir intelectual de mi mente, por la vorágine de la vida mundana, desposeído de la fe, he sentido la gracia de Dios sobre mí en San Sebastián de Garabandal, en la memorable fecha, que nunca olvidaré, del 4 de abril de 1970.

Y humildemente, pero alegrando mi corazón en loor de la roquiza fe que ahora poseo y amo, doy testimonio de que los hechos acaecidos y por acontecer en esa remota aldea, abrigada por los Picos de Europa, que es San Sebastián de Garabandal, son y serán, auténticamente reales.

Era la medianoche del viernes, tres de abril, casi al filo de la madrugada. Vivía por completo olvidado de Garabandal y estaba, de nuevo, apar-

tado de Dios. Contemplaba, apasionado, un espectáculo televisivo, cuando me llamaron por teléfono desde Santander. Me hablan de Garabandal y de un vidente llamado Clemente. Sentí en mi interior que esta llamada telefónica importunaba mi fervor por el espectáculo violento al que estaba asistiendo sentado frente al televisor. Con verdadera ilusión había esperado esta fecha en la que se dilucidaba la verdad o no verdad de un boxeador popular. Repito que me sentí importunado, me despedí amablemente de aquella persona y continué absorto en el programa de televisión. No quise hacer caso de aquella llamada. Garabandal no tenía que importunar mi entusiasmo de hombre. Pero, ya todo había cambiado. Estaba, mientras contemplaba el programa, sintiendo la apremiante llamada espiritual. Una hora más tarde, tras convencer a mi esposa, a la que agradezco su magnífica comprensión, y, sin preocuparme del largo viaje, sinuoso y nocturno, ni del cansancio normal acumulado después de un día de trabajo, ni tampoco así, de preparativos materiales lógicos y normales, previos a todo viaje en automóvil, sin tener el coche puesto a punto, pues fallaba del embrague, y con sólo una pequeña bolsita preparada con alimentos muy frugales como fueron aquellas manzanas y un poco de queso junto a un termo de café con leche y embargado por un cierto escepticismo en el que se mezclaba una sensación ilusoria, me puse en camino.

Eran las tres de la madrugada.

Cuando llegué a Santander, vi reunidas frente a la iglesia de los PP. Carmelitas a una veintena de personas, entre las que se encontraban los garabandalistas más fieles y convencidos. Recuerdo ahora que los miré con asombro y desdén.

Eran las siete de la mañana y entramos en la iglesia. Oímos misa y todos comulgaron, excepto yo. Yo no lo hice, pues estaba en pecado mortal. Tampoco me sentía inclinado a la confesión.

Ya en Cosío me asombré al ver tanta muchedumbre y tanto vehículo con matrículas de las más diversas provincias españolas. Después supe que en el cenáculo previo a esta maravillosa fecha, los garabandalista de toda España sintieron también el impulso de acercarse a Garabandal, precisamente el sábado, cuatro de abril del presente año.

Yo ya había subido a Garabandal en otras tres ocasiones. Una a pie y dos en coche.

Y como en las últimas dos veces, volví a subir en coche la terrible, penosa y brutal senda de piedra y barro que conduce a la bendita aldea de las apariciones de la Santísima Virgen.

En Garabandal, todo igual. Yo no sentía nada. Tal vez... paz. Sí, ésa ha sido la sensación que siempre he sentido en Garabandal: una Paz maravillosa. Pero nada más.

Entonces, sin saber por qué, acuciado por un impulso que a mí mismo me extrañaba, tomé uno de los manuscritos de un libro que estoy escribiendo en la actualidad y me dirigí al encuentro de aquellos peregrinos, que en su mayoría ascendía

a pie y rezando el Santo Rosario en voz alta y con mucho fervor.

—He de confesar que en mi vida privada he sido siempre muy tímido.

Pero de pronto me vi ante aquellos seres, creyentes y devotos; vi por dentro lo miserable de mí ser y, cuando en realidad pretendía leer unas páginas de mi libro para hacerme propaganda gratuita del mismo, me encuentro a mí mismo haciendo confesión pública de mis pecados. Minutos después, continuamos todos juntos el último trecho de la subida, uniéndome yo también a ellos en el rezo.

Y uno de vosotros, a quien todos conocéis, me habló, y, entonces yo, lleno de entusiasmo sincero, pedí confesión al Padre Eusebio. Más tarde me enteré que todas estas buenas almas habían rogado mediante el rezo del Rosario que NADIE llegara en pecado a Garabandal.

No soy teólogo ni estoy autorizado a analizar la autenticidad de los éxtasis de los que fui testigo: uno en la iglesia de la aldea y otro posterior en los Pinos.

Después de orar en la iglesia donde se produjo el primer éxtasis de Clemente, se nos comunicó que podríamos retirarnos hasta las tres de la tarde, hora en la que nos reuniríamos de nuevo en los Pinos. Yo, que amo la soledad y pese a estar rodeado de algunos familiares muy queridos míos, me aparté de todos ellos, allí donde nadie me pudiera ver. Pensaba y meditaba y no creía. Casi por

rutina comí un poco de queso y de pan. Llevaba toda la noche sin dormir y no sentía cansancio ni sopor alguno. Al rato, sentí como que yo mismo me decía: «Mira a los Pinos». Yo miré y vi que los peregrinos se encaminaban desde la aldea al «Cuadro» y que ascendía hacia los Pinos. Consulté mi reloj y vi que eran las tres de la tarde. Entonces me dirigí tras ellos, sin mucha fe. Al llegar a los Pinos, Clemente estaba en éxtasis. Lo que me maravilló de él, fue la extraordinaria sonrisa beatífica que mantuvo durante largo rato en postura violenta. Pero a fuer de ser sincero, yo no creía ni sentía nada, salvo esa paz de la que ya he hablado.

Todos se pusieron a rezar. De pronto, Clemente pronunció un mensaje que fue repetido en voz alta. Y alguien me dijo: «¿No ha visto usted el prodigio?» «¿Cuál?» —dije a mi vez. «El del sol» —me contestó aquella persona toda convencida. Yo contesté que no, si bien me sentí triste porque me di cuenta de que todas aquellas gentes, unas doscientas, lo habían visto, y yo no.

Pero, de pronto, terminado el éxtasis, algunos de los peregrinos exclamaron:

—El sol, mirad al sol.

He de hacer una pausa para advertir que yo, siempre, durante toda mi vida, he necesitado de gafas oscuras para protegerme de los rayos solares ya que mis ojos son muy sensibles a la luz.

Así que, con cierto recelo, miré yo también al sol y... ¡lo vi! Todas las nubes que habían estado

amenazando lluvia durante la mañana se habían disipado. El sol estaba radiante y en todo su alto. Y yo miré al sol y lo vi y lo contemplé, a simple vista, sin necesidad alguna de protegerme. No sentía molestia alguna y lo que vi fue maravilloso: El sol giraba sobre su eje; ese sol de la primera hora de la tarde, tan deslumbrador, podía verse con toda tranquilidad; y lo vi tornarse verde y acercarse hacia la Tierra. Y este maravilloso prodigio duró unas dos horas. Ni en un solo instante me sentí deslumbrado ni molesto. Yo pude ver el sol con la misma naturalidad con que se mira a la luna.

Sin embargo, yo no le di importancia al hecho. Entendedme: NO QUERIA ADMITIRLO.

Aquel atardecer bajé hasta Cosío y continué viaje a San Sebastián, donde resido. Llegué de madrugada, después de cuarenta y cuatro horas sin dormir ni casi comer.

Al día siguiente, domingo, a la misma hora, esto es, sobre las tres de la tarde, me acerqué a la playa sobre la que lucía un cielo y un sol idénticos al del día anterior en Garabandal, y, en presencia de unos familiares, hicimos la prueba de mirar al sol: No lo pudimos soportar. A los pocos segundos mis ojos lloraban y estaban irritados. Lo mismo sucedió con los que me acompañaban.

Pero seguía sin creer.

¡Yo, que había visto la maravilla en Garabandal, veinticuatro horas antes, que había sentido esa bendita paz interior, seguía sin creer!

El lunes, el mundo me devoró y volví, como cualquier otro débil pecador, a manchar mi alma.

Hasta que tres días más tarde, día nueve, hablé con Zaragoza. Me pedían un artículo sobre lo que había visto y presenciado en Garabandal. Yo prometí escribirlo, pero no pude. Todos los mediodías, al cerrar la oficina, acudo a un pueblecito situado en plena montaña, muy cerca del lugar mío de trabajo y allí paso las dos o tres horas de asueto entre la jornada laboral de la mañana y la de la tarde. Subí con la intención de escribir el artículo, y no pude. Tampoco fui capaz de escribir una sola línea de mis libros. Acababan de comunicarme el fallecimiento repentino de un escritor que fue quien, precisamente, había hecho mi primera crítica literaria oficial sobre mi recién aparecido libro, libro que había tardado veinte años en poder ser publicado. Por la tarde abandoné mis obligaciones antes de lo acostumbrado para asistir al entierro de este joven escritor, muerto a la edad de cuarenta y cinco años, sepelio que iba a tener lugar en Irún. Al llegar a mi domicilio sentí de nuevo la imperiosa necesidad de confesarme ante un sacerdote y entré en la iglesia de los PP. Carmelitas de mi ciudad. No encontré confesor a pesar de que utilicé repetidas veces el timbre que hay junto a cada confesonario para estos menesteres. Defraudado, me dirigí a Irún. Después del entierro sentí, como tantas otras veces, unas enormes y pecaminosas tentaciones, pero, casi por pri-

mera vez en mi vida, supe resistirme, repitiendo varias veces: «María Madre».

Y contento y con deseos de regresar pronto a mi ciudad para encontrar un confesor, subí al coche y me puse en camino. Tenía el sol de la tarde por delante. Brillaba mucho; tuve que bajar el tapasol del coche y ponerme las gafas oscuras. De pronto, conduciendo normalmente, en plena carretera y con un tráfico intenso, me sentí inusualmente feliz y quise hacer la prueba de mirar al sol. Al principio me deslumbró un poco. Después, inmediatamente después, tal vez un segundo más tarde, lo vi, ¡pude ver de nuevo el prodigio del sol, tal y como lo había visto cinco días antes en Garabandal! Y lo estuve contemplando durante un kilómetro, pues yo no paré el coche ni siquiera aminoré la velocidad. Y yo lo miraba, y estaba tranquilo y era feliz y carecía en absoluto de miedo alguno a accidentarme. Unos minutos más tarde paré el coche en un cruce. Descendí y continué viendo aquella maravilla.

Creía ya definitivamente.

Tanta era mi alegría que me acerqué a otro coche que acababa de detenerse en el cruce, frente a una señal de STOP y que conducía un señor con su acompañante, ambos de edad adulta. Yo les pedí que miraran al sol y que disculparan mi impertinencia. Estos dos señores venían conduciendo en el mismo sentido que yo, esto es, de cara al sol. El vehículo tenía echados los parasoles. Al oír mi ruego, me miraron extrañados y dijeron: «Im-

posible, brilla mucho». Yo insistí: «Pero, miren, yo puedo verlo con toda facilidad y sin molestia alguna». Les expliqué brevemente que el sol ha sido para mí, siempre, un enemigo (me gusta la oscuridad y la soledad y de esta actitud mía hay muchísima gente que puede dar fe). Hablando con ellos, contemplando yo el sol, emocionado por el prodigio que volvía a contemplar, pronuncié la palabra GARABANDAL e inmediatamente aquellos dos señores pudieron ver también el sol, quedando asombrados.

Diez minutos después proseguí mi viaje. El prodigio había cesado y tuve que colocarme las gafas. Al llegar a San Sebastián hallé confesor en la misma iglesia en la que había entrado antes y confesé y comulgué.

Desde ese mismo instante de la comunión me siento invadido por una fuerza maravillosa que hace que olvide mi timidez y mis escrúpulos humanos. Nunca había querido propagar el mensaje de Garabandal por COBARDIA. Hoy me siento emocionado y virilmente poseído por una fuerza que no es otra que la misma Fe.

Recuerdo también que cuando hablé con Zaragoza el día 9, con motivo de la petición del artículo, le comuniqué a ese amigo mío que, tras presenciar el prodigio del sol en Garabandal, al día siguiente sentía molestias en los ojos y que incluso, veinticuatro horas después, las molestias eran ya intensos dolores, hasta el punto que yo mismo llegué a temer por la salud de mi vista.

Sin embargo, después de recibir la comunión, ese atardecer del día 9 pasado, el dolor ha desaparecido por completo.

Y he comenzado a hacer lo que nunca había hecho antes, repito, por COBARDIA: extender y propagar el Mensaje. Hoy mismo, día diez de abril de 1970, he comenzado ya y así continuaré.

Porque si siempre he creído en Dios HOY CREO EN SU GRACIA y manifiesto públicamente, henchido de alegría, que la Santísima Virgen María se apareció de verdad en la aldea de Garabandal y que creo en el Milagro prometido que está por llegar, ¡tan pronto ya!

Aunque soy un escritor al que la crítica oficial concede ciertos méritos literarios, he querido, por expresa voluntad, escribir este relato auténtico, de forma sencilla y vulgar, olvidándome de la vanidad del lenguaje literario.

Yo os abrazo a todos, a los que creéis y a los que aún continuáis refugiándoos en vuestro escepticismo, como yo lo hice. Y os abrazo, porque lo más maravilloso que Dios concede al Hombre es el Amor.

San Sebastián, 10 de abril de 1970.

GERHARD BECKER

I N D I C E

	PÁGINA
Presentación	7
Artículo enviado al periódico «Sevilla» sobre «las apariciones en el Palmar de Troya»	13
Autocrítica	39
Alcance	67
La estigmatización de Luisa Vila	97

